

TRINIDAD.—Leprosaría de Cocorita. (Pág. 318).

su celo, esperó en la oración y el estudio el momento de emprender otra vez sus trabajos apostólicos.

Por fin la prueba terminó en 1873, cayeron los edictos de proscripción, y los desterrados por la fe regresaron á su patria. El Rdo. Poirier volvió á sus tareas con sus compañeros. Encargado sucesivamente de varias cristiandades importantes, fué en todas ellas su apóstol celoso. «Era, como dice el *Rising Sun and Nagasaki Express*, infatigable en el trabajo; día y noche á la disposición de sus ovejas, á pesar de los rigores del sol y las furias de la tempestad, en alta mar ó á través de las montañas; dispuesto siempre á prodigar sus cuidados ó sus consuelos á los enfermos y desgraciados; y su desprendimiento le había ganado el afecto y agradecimiento de los pobres campesinos, que le amaban como á un padre.»

Dios bendijo su ministerio, y deben contarse por millares las almas que convirtió á la fe y á la religión de sus antepasados. En los últimos tiempos de su vida tuvo á su cargo la excelente cristiandad de Uracami, donde era conocido y amado. Multiplicó las escuelas, estableció Cofradías para estimular el fervor de los fieles, desarrolló la Obra de los catequistas, dirigió una Institución naciente de piadosas mujeres que se consagran al cuidado de los enfermos, á la dirección de las escuelas y de las casas de huérfanos, como también á la instrucción de las personas de su sexo. Dios le concedió el consuelo de plantar la cruz y ofrecerla á la veneración pública en el sitio donde por largos años había sido profanada, y erigir altares sobre un suelo tantas veces regado por la sangre de los cristianos. Dirigió los trabajos con tan buen acierto como celo, y gracias á sus hábiles disposiciones y generosidad de sus cristianos levantó en algunas semanas un vasto santuario en el centro del valle de Uracami.

A este celo, á un desprendimiento semejante, reunía todas las demás cualidades propias de los hombres apostólicos. Su fe viva, su ardiente piedad, su espíritu de mortificación, se revelaban en todas circunstancias; su regularidad era proverbial: sólo las necesidades de su ministerio y las condescendencias de la caridad eran capaces de modificar el orden que había establecido en sus ejercicios y ocupaciones diarias: dotado de un carácter sumamente franco, desconocía los rodeos, y aún acaso hubiera sido algo rudo, si la caridad no hubiese templado su natural. Era hombre de consejo, habiendo adquirido una grande experiencia de las almas. Sus conocimientos eran vastos y pro-

fundos: gracias á sus aptitudes especiales, había podido improvisarse arquitecto, y prestar así importantes servicios á su Misión.

En el momento precisamente en que su existencia parecía más necesaria, Dios lo ha llamado para sí. «Sus funerales, continúa el periódico ya citado, tuvieron lugar el 8 de Febrero en medio de las lágrimas de un pueblo inmenso, que ha acudido para rendirle ese tributo de amor y orar sobre la tumba de un padre amado.» Por autorización especial del Gobierno de aquel país, los restos mortales del difunto descansan junto á la iglesia de los Mártires japoneses en Nagasaki.

UN RECUERDO Á JERUSALEN.

Obra santa y piadosa por excelencia puede llamarse sin duda aquella que tiene por objeto: primero, la recuperación y conservación para la santa Iglesia católica de los Santuarios de la Palestina y de la Judea que han visto operarse todos los grandes misterios de nuestra redención; y segundo, trabajar por la conversión de los infieles, herejes y cismáticos, demasiado numerosos por desgracia en este país bendito, tan justamente denominado en el lenguaje cristiano *Tierra Santa*. Tal es, pues, la gloriosa obra emprendida y sostenida sin interrupción y sin descanso por espacio de seis siglos por la Custodia franciscana de Tierra Santa.

Pero esta obra que interesa á toda la cristiandad, y hasta tal punto que más de cincuenta Papas la han recomendado con Bulas especiales, debe encontrar al parecer especial ayuda y socorro entre los fieles de España, habiendo sido ésta la nación que más se ha distinguido en todos tiempos por su devoción y amor á los Santos Lu-

gares de nuestra redencion, y la que más ha contribuido indudablemente á su conservacion y culto, secundando las inspiraciones y deseos de sus augustos monarcas, que despues de los muy piadosos reyes D. Roberto y D.^a Sancha de Sicilia, sus primeros fundadores, fueron siempre los más constantes y señalados bienhechores de la Tierra Santa, fundando muchos conventos y proveyendo la Custodia de personal y de los fondos necesarios para su sustentacion con la fundacion principalmente de la Obra Pia. No dudando, pues, que los españoles de hoy se hallan animados de los mismos sentimientos de sus antepasados para con la Custodia de los Santos Lugares, ésta, encontrándose hoy en la angustia y en la imposibilidad de poder hacer frente á las múltiples y graves necesidades que pesan sobre la misma, hace el más sentido llamamiento á su generosidad. Y á este mismo fin el Padre Procurador general de la misma, interrumpiendo las graves ocupaciones de su cargo, ha dejado la Ciudad santa para venir á España, y con humilde confianza solicitar de la caridad española el óbolo de su generosidad para Nazaret, Belen y Jerusalem.

I. ORIGEN Y PROGRESOS DE LA SANTA CUSTODIA.—Fué el mismo seráfico Padre san Francisco en persona el que fundó la Custodia de Tierra Santa, cuando visitando los Santos Lugares de nuestra redencion dejó en ella algunos de sus discípulos á este santo fin. Desde 1230 el Papa Gregorio IX recomendaba á los Prelados de Oriente á los religiosos Franciscanos. El Papa Clemente VI confirmó para siempre en el cargo de guardianes exclusivos de los Santos Lugares á los Franciscanos, los cuales, despues de la toma de San Juan de Acre por los turcos, en 1291, quedaron solos de entre los latinos en Palestina hasta nuestros dias, y los han conservado á costa de los mayores sacrificios y hasta de sus propias vidas.

Actualmente la Mision de Tierra Santa se extiende hasta Marasc, en la Cilicia, y pasa toda la Siria, la Galilea, Judea, el bajo y medio Egipto, hasta Suez, sobre la costa del mar Rojo. Cuenta, incluso el de Constantinopla y los de Chipre, treinta y ocho conventos y hospicios ó centros de Mision, en los que tiene 350 religiosos, sin contar los terciarios y los jóvenes llamados postulantes, que visten el hábito franciscano y forman parte del cuerpo religioso, y llegan al número de unos cincuenta individuos. Todos se ocupan en rogar á Dios por la Iglesia, por la España y por todos sus bienhechores; en enseñar á los niños y niñas árabes é instruirlos en los rudimentos de nuestra fe, y las humanidades en más de treinta y cinco escuelas diferentes, todas enteramente gratuitas para la enseñanza, y la mayor parte aún para el abastecimiento de libros y demás utensilios de escuela; en atender al desempeño de treinta y cinco parroquias, cuya mayor parte son de importancia, y de un crecido número de almas, particularmente la de Alejandria, que se compone de más de treinta mil de diferentes lenguas y naciones, haciendo por la conversion de los infieles y abjuracion de los cismáticos esfuerzos grandes, que son á veces coronados de felices resultados; consolando y aliviando á las viudas; tomando á su cargo todos los huérfanos de la Iglesia latina; distribuyendo socorros á más de cuatrocientas familias pobres, á la mayor parte de las cuales se les provee de habitacion, de vestido y de alimento. Y todo esto, en fin, con

el mantenimiento, guardia y culto de más de treinta santuarios.

II. NECESIDADES ACTUALES.—La santa Custodia se encuentra en actual y urgente necesidad de construir cuatro iglesias: la iglesia parroquial de Jerusalem; la parroquial de Belen, ya comenzada, y cuyos trabajos quedaron suspendidos por falta de recursos; la sucursal del Cairo, comenzada tambien é igualmente suspendida, y la sucursal de Alejandria. Tiene que cubrir los gastos hechos para la adquisicion de algunos Santuarios, á saber: el de la casa de los santos Joaquin y Ana, junto á Nazaret; el de Caná, donde nuestro Salvador asistió á las bodas con su Madre, y el de Naim, donde Jesucristo resucitó al hijo de la viuda; todos en Galilea; el del castillo de Betfage sobre el Olivete, donde el Salvador ordenó á sus discípulos ir en busca del jumento para hacer su entrada solemne en Jerusalem el dia de Ramos; el solar de la puerta Judiciaria, donde se fijó la sentencia de nuestro divino Redentor, y es venerado como el lugar de la séptima Estacion; y algunos otros por los que se está gestionando y que la prudencia no nos permite todavia especificar. Unos tres millones de reales bastarán apenas para llevar á feliz término todas estas empresas; pero la Providencia que nos las ha impuesto es grande, y la caridad de los fieles que las ha de realizar es inagotable.

III. VENTAJAS ESPIRITUALES.—Si bien la limosna que pide de los fieles la Custodia de Tierra Santa es grande, no son menores, sin embargo, las ventajas espirituales que el Señor distribuye por su medio á sus piadosos bienhechores. Estas son tales, que en realidad puede asegurarse que el reconocimiento ó la recompensa sobrepaja al beneficio. En efecto; la Custodia celebra todos los años, sólo en la ciudad de Jerusalem y en sus incomparables Santuarios, más de diez mil misas, cuya mayor parte son aplicadas por sus bienhechores. Todas las misas cantadas (con muy raras excepciones), tanto en dias festivos como feriales, que se celebran solemnemente en el Santísimo Sepulcro y en los demás Santuarios é iglesias de la Tierra Santa, son aplicadas por los bienhechores. De la cuenta de misas celebradas en toda la Custodia en el pasado año 1880, resulta que el número total de misas aplicadas exclusivamente por los bienhechores asciende á diez y siete mil, comprendiendo en este número las aplicadas particularmente por los reyes y príncipes cristianos vivos y difuntos que son sus primeros bienhechores. Por cada uno de éstos, empezando por el Romano Pontífice, se aplica una misa rezada un dia de la semana en cada uno de los principales Santuarios, á saber: Santísimo Sepulcro, Santo Monte Calvario, Belen y Nazaret, y una cantada al año con toda solemnidad en el dia respectivo del Santo, ó cumpleaños de cada uno. Por nuestro augusto monarca se celebran tres misas más por semana en el convento de San Juan, de las cuales la del sábado se dice comunmente votiva de la Inmaculada y cantada; y además se reza una oracion pública despues de la del Pontífice en las preces que siguen á la procesion solemne que se hace todos los dias indefectiblemente en el Santísimo Sepulcro y en los otros indicados conventos, incluso el de San Salvador, la mayor parte de ellos. Privilegio singular de que goza el rey de España como el principal y más insigne bienhechor de

Tierra Santa. Otras ocho mil misas se aplican tambien todos los años por los hermanos y fieles difuntos, y otras ocho mil á intencion libre; todas las cuales puede decirse que, salvas muy raras excepciones, vendrán á redundar en beneficio espiritual de nuestros caritativos bienhechores. Resulta de lo dicho, que unas treinta mil misas cuasi vienen á aplicarse todos los años en toda la Custodia por sus bienhechores, la mayor parte de las cuales son celebradas en los Santuarios principales de la cristiandad, como el Santísimo Sepulcro, Santo Monte Calvario, Pesebre, Anunciacion, etc., etc.

Ellos participan igualmente de las oraciones, ejercicios espirituales y tantas otras obras de piedad y devocion que se practican todos los dias en nuestros conventos, parroquias y escuelas.

Finalmente, la Santa Custodia tiene en el cielo como intercesores por todos los que la ayudan con sus limosnas, sin contar un gran número de siervos de Dios que murieron en opinion de santidad, sobre dos mil mártires de la fe que cayeron en otros tiempos bajo la cimitarra de los musulmanes é infieles, y más de seis mil mártires de la caridad que perecieron víctimas de la peste y otras epidemias.

Tal es, en resúmen, la Custodia de Tierra Santa, la que por su origen, por su perseverancia, sus obras, sus Mártires, sus Santuarios, sus ventajas espirituales, etc., ha sido y es en la Iglesia de Dios una Mision aparte, única, y que no tiene necesidad más que de ser bien conocida para atraerse las simpatías de todos los verdaderos católicos, cuyo corazon late y latirá siempre al solo nombre de Jerusalem y de Tierra Santa.

¡Ah! dignese el Señor hacer comprender á todos los piadosos fieles que aman la Tierra Santa y sus Santuarios, cuánto le será á Él agradable y cuán rico el tesoro de bienes espirituales á que ellos se harán participantes con el concurso generoso de su caridad.

Madrid, Julio de 1881.

FR. MANUEL PASCUAL,
procurador general de Tierra Santa.

NOTA. — Nuestro santísimo Padre, considerando el mérito y los incalculables resultados que ha de producir en favor de la Iglesia católica la santa empresa que se indica en el anterior documento, se digna otorgar con benignidad apostólica la más amplia bendicion á todos cuantos de cualquiera manera contribuyan á facilitar su buen éxito.

El excelentísimo señor Nuncio apostólico en Madrid, autorizado por el Cardenal Secretario de Estado de Su Santidad, recomienda á la piedad y celo de los Prelados españoles tan laudable asunto.

Las limosnas que recojan los párrocos podrán remitirlas á su respectivo Prelado, y lo mismo harémos con las que nos entreguen á dicho fin nuestros suscritores.

EL CATOLICISMO EN MADAGASCAR.

Relacion del Rdo. P. Delbosc, de la Compañía de Jesús.

3 de Febrero de 1881.

Un orador que ha merecido bien de la causa católica comparaba el protestantismo á Proteo, y decia que, á semejanza del personaje de la fábula, no habia por donde cogerlo, á causa de sus innumerables metamorfosis. Lo que Mons. de Segur atribuía á la herejía, aplicase perfectamente á la persecucion de que es objeto el Catolicismo y que no cesa de variar en sus formas. De ello quiero presentar hoy pruebas evidentes.

Los amigos de la *Obra de la propagacion de la fe* verán con el mayor interés, estoy seguro de ello, las continuas y variadas luchas á través de las cuales propágase la fe en nuestra querida Mision de Madagascar. Mi intencion no es poner á la vista la historia completa de nuestros trabajos, pues no es posible en los límites de una carta. Me concretaré á poner de relieve los obstáculos cotidianos que nos suscita el infierno, y al mismo tiempo los continuos esfuerzos con que debemos avanzar.

A la fecha de la conclusion del tratado inglés (27 de Julio de 1865) circuló el rumor de que el protestantismo iba á ser religion del Estado en Madagascar. Segun voz pública, un tratado secreto contenia esta cláusula. Además, algunas palabras pronunciadas por el cónsul inglés, Sr. Packenani, firmante del tratado, que dejaba Tananarive para fijar su residencia en Tamatave, parecian encerrar alguna amenaza acerca este punto. Sea de ello lo que fuere, tres años más tarde, en 1868, época de la coronacion de la reina actual, precisamente en el instante en que se concluía el tratado del Gobierno de Tananarive con Francia, abríase esa no interrumpida série de arterias, encubiertas por entonces, pero que un ojo experimentado no podia menos de percibir. Hoy que la posicion está claramente deslindada, tenemos derecho, sin temor de ser desmentidos, á calificar tales arterias con su verdadero nombre: el de persecucion. En efecto, el Gobierno malgache, en connivencia con el protestantismo inglés, emplea contra la religion católica un arsenal de astucias y bastardías incalificables.

Referir al por menor todas las trabas puestas á los progresos de nuestra Religion, ni me seria posible, ni, aunque lo fuese, me atreviera á hacerlo, por temor de fatigar la atencion del lector. Voy, pues, á agrupar, bajo cierto número de párrafos, la historia de lo que he llamado la persecucion.

§ 1.—Ni la Reina ni su Gobierno quieren la religion católica.

Esto no cesa de repetirse en todos tonos y por do quiera en Madagascar con manifiesta intencion de amedrentar á nuestros católicos y con el objeto no menos evidente de impedir las conversiones. Citemos algunos hechos.

En Ambohibelona, en 1877, algunos oficiales de palacio, acompañados de magistrados, se presentan diciéndose enviados de la reina para proclamar un decreto contrario al Catolicismo. Al momento nuestros adictos formularon una reclamacion oficial. «...Despues de la partida de los mensajeros reales, decian, ha sido grande nuestra tribulacion. Cuando queremos ir con los católicos encontramos oposicion, y aún se nos arrojan piedras, y Razafimbalo (señor del lugar) nos *bizo golpear, porque, dice, los católicos no participan de la religion de la reina y del primer ministro.*

El P. Fabre, encontrándose entre los Betsileos, escribia con fecha de 21 de Junio de 1880: «Un oficial, 11.º honor, hace un mes apareció por aquí, enviado al parecer como predicador: empero ha hecho un mal *kabary* para nuestra santa causa, y se ha dicho deputado por el gobernador... Despues de leer estos textos de la sagrada Escritura: *Querite primum regnum Dei... Omnia autem probate... Sinite parvulos venire ad me... Euntes docete...* añadió:—La reina quiere una oracion, pero una sola; el primer ministro quiere una oracion, pero una sola. *Reflexionad*, pues. Os importa no andar con diferencias de

religion con la reina y el primer ministro. *Reflexionad*, pues, segunda vez, y seguid la oracion de la reina y del primer ministro.—En el *habary* dijo que era enviado por el gobernador para hacer inscribir solamente los discipulos de los protestantes, pero no los de los católicos, y en un lugar en que todos los vecinos pasan por católicos, excepto una jóven, discipula de los protestantes, dió orden para que se construyera un templo por medio de servidumbre general...»

Podria citar aún muchos otros hechos análogos, pero me limitaré á transcribir algunas palabras de una carta del P. Lacombe, que escribe el 8 de este mes al reverendo Padre Prefecto apostólico: «Rainisoaseheno, gobernador de Ambohimandroso, que desde hace tiempo usaba con nosotros mejor comportamiento, ha reanudado sus antiguos hábitos de intimidacion. Recientemente dirigióse al mercado vecino, reunió á toda la gente, y dijo entre otras cosas:—La oracion de los ingleses es la de la reina y del primer ministro, y los malgaches deben seguirla: en cuanto á mí, os lo aseguro, nunca cambiaré de religion; no haré como los ladrones, que cambian incesantemente de morada: no cambiemos, pues es la religion de la reina, y nosotros debemos seguir la religion de la reina...»

El que tenga conocimiento de la timidez de los malgaches comprenderá sin dificultad el efecto de semejantes palabras, pronunciadas por un gobernador que dos años hace persiguió hasta el derramamiento de sangre.

§ 2. —Ni los grandes ni los protestantes admitidos á la Cena pueden hacerse católicos.

Cuanto á los grandes, conviene saber lo que de cerca ó de lejos se refiere á la máquina gubernamental. Dejemos que tambien aquí hablen los hechos. El P. A. Taise escribía el 23 de Julio de 1880: «El 26 de Diciembre de 1874, por orden del Rdo. P. Cazet, prefecto apostólico de Madagascar, dirigíme á Ambohimalaza, en donde un considerable grupo de adeptos queria abandonar la herejía y abrazar el Catolicismo.

«El domingo siguiente, la sala que provisionalmente debia servir de reunion fué sobrado estrecha para contener la afluencia de catecúmenos. Contaba ya con un éxito magnífico, cuando de pronto partió una señal del la-

do del templo protestante, y al momento se hizo el vacío á mi alrededor.

«Aquel dia no hubo en el templo sino reprimendas bastante benignas, pues confiaban en que no se acentuaria el movimiento en favor nuestro.

«En el transcurso de la semana siguiente inauguré la escuela y las lecciones de canto. Todos los dias mi sala llenábase de escolares que cantaban muy bien, y que no consentian en retirarse sino obligados por las amenazas del ministro de escuela protestante. El segundo domingo despues de Navidad el templo protestante quedó casi sin cantores; todos estaban reunidos en casa del misionero católico, cada uno con un pequeño himno en la mano, y cantaban con entusiasmo admirable.

«*Inde iræ!* los ministros protestantes enviaron emisarios para requerir á los tráfugas; sin embargo, trabajo inútil. Aquel dia un jóven de las primeras familias de Ambohimalaza ocultóse en casa del Padre, porque su

hermano protestante queria hacerle expiar á garrotazos su paso al Catolicismo.

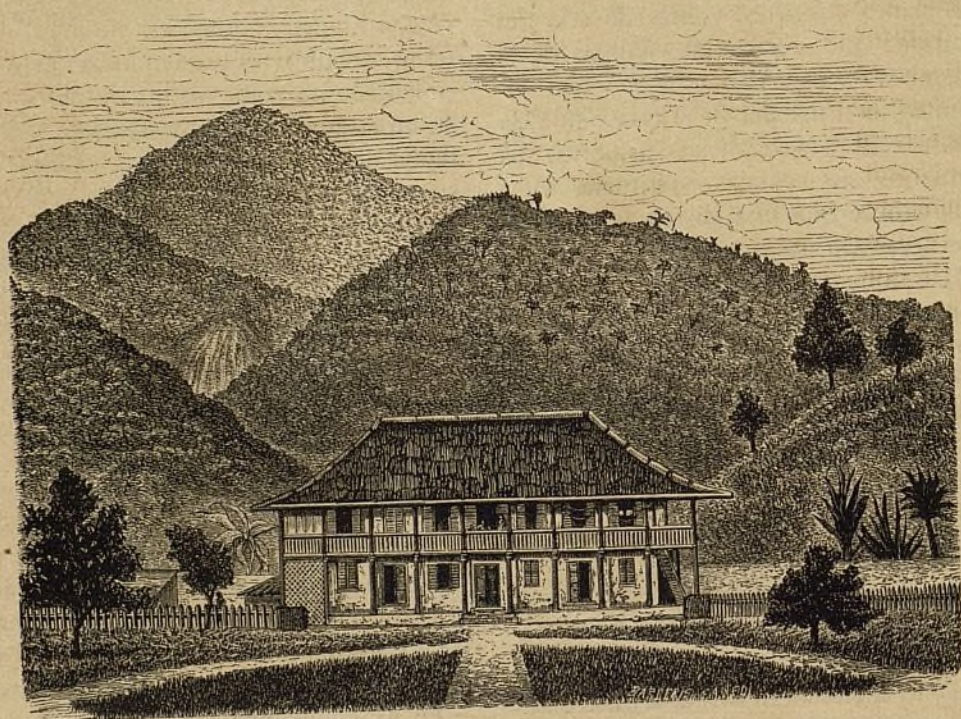
«Empero el jefe protestante que extremó más las cosas fué Andrianjakana-bo, que no vaciló en proclamar una pretendida frase de la reina concebida en estos términos:

«La reina no quiere que se cambie de religion; las contravenciones serán cas-

tigadas con pena de muerte.

«El lunes denuncié al Sr. Laborde, cónsul de Francia, lo que acababa de suceder en presencia de 300 testigos. Mis quejas fueron transmitidas al Gobierno, que se guardó muy bien de perseguir al culpable, contentándose con enviar un parlamentario para calmar algun tanto la persecucion.»

A fines de 1879 inauguramos una reunion católica en *Antanamalaza* (ciudad célebre). El malgache encargado del templo, ó si se quiere el pastor, encuéntrase ejerciendo al mismo tiempo un cargo de gobierno que puede equivaler al grado de subprefecto, acumulando así lo espiritual y lo temporal, caso que, por lo demás, no es aquí muy raro. El domingo un reverendo verterá desde lo alto del púlpito torrentes de elocuencia, y verásele el lunes tranquilamente sentado ante su mesa de carne,



TRINIDAD.—Casa de las religiosas Dominicas en Cocorita. (Pág. 318).

pues es cortante de idem. Verásele de nuevo el martes: háse endosado un uniforme más ó menos militar, y pónese en fila para el ejército. Quien pase otro día ante el tribunal al aire libre, como se acostumbra en Madagascar, verá también allí á nuestro hombre, sentado entre los jueces. Hé ahí, pues, un personaje sucesivamente predicante, cortante, soldado y magistrado.

Nuestro *subprefecto*, como decia, á quien pudiera también llamar *comandante de plaza*, pues es militar, viendo que la Mision católica estaba en vias de prosperidad, puso manos á la obra para ahogarla en su cuna, empleando los medios de intimidacion acostumbrados en semejante caso. Nuestros prosélitos habíanse puesto en regla con el Gobierno, quien les habia dado la autorizacion legal. A pesar de esto, nuestro personaje reunió al pueblo de la ciudad y de sus alrededores el día siguiente al de Navidad, y les dijo: *Por orden de la reina se prohíbe tanto á las personas mayores como á los niños que se pasen á los católicos...* Gran pánico: algunos católicos vienen á referir el hecho: dirigimos nuestras quejas al representante del cónsul, ausente por el momento, quien da parte á la autoridad local. Nótese que hay impuestos dos años de prision para quien se atreva á promulgar en falso una palabra de la reina. Mas con respecto al Catolicismo no se hila tan delgado. El pastor no ha incurrido en el menor castigo.

Hé aquí otro ejemplo. Randriamihary se alista en la secta de los Independientes, y aún se le admite á predicar en el templo, cuando á poco, movido de la gracia de Dios, resuelve convertirse al Catolicismo. Desde que su resolucion es conocida, gran conmocion en la secta. Consúltase, reúnen, vase al encuentro del predicador vacilante hasta el punto de convertirse en tráfuga, recuérdasele la religion de la reina, y, á fin de cuentas, impónesele una multa pecuniaria.

—¿Por qué esta multa? dice Randriamihary, ¿y de qué delito soy culpable?

—Porque te has pasado á los católicos, le responden, te condenamos á la multa.

El asunto no terminó aquí: Randriamihary vióse también desposeido de sus arrozales, y amenazósele con confiscar sus demás bienes, y hasta los de toda su familia, muebles é inmuebles, si se obstinaba en hacerse católico.

Ante hechos tan escandalosos, no pudimos menos de reclamar cerca de las autoridades: aquí fué el Sr. Cassas, comisario-cónsul en Tananarive, quien puso el caso en conocimiento del Gobierno malgache, pidiendo que se hiciese justicia.

El Gobierno pareció atender estas peticiones de conciliacion. Randriamihary fué admitido á hacer valer sus derechos, y despues de no pocas conferencias resolvióse que se le devolverian los arrozales, pero que quedaria terminantemente *prohibido á los misioneros católicos entrar en su poblacion*; nueva violacion del tratado en el que se estipuló que los franceses pueden circular libremente en Madagascar sin restriccion alguna, bajo la proteccion de las autoridades locales, y sobre todo que los misioneros católicos pueden con entera libertad pre-

dicar por todas partes la religion, bajo la proteccion de las mismas autoridades.

Nuestros adictos de Ambatolevy tenían que sufrir mucho de parte de los jefes protestantes, que impedían á los suyos pasarse á los católicos, lo que ocasionaba graves y frecuentes contiendas. Llevóse el asunto á Rainimaharavo, quien hizo que fueran ambas partes á la ciudad, y eso repetidas veces, pero sin dar nunca solucion alguna. Cansados por último, católicos y protestantes entran en acomodamiento. «En adelante, dicen, libertad para los protestantes de hacerse católicos, y *viceversa*,» y van satisfechos á comunicar su decision á Rainimaharavo. Parece que con esto debían desaparecer las dificultades. Vana esperanza: Rainimaharavo no entendia así las cosas.

—Si así fuese, les dijo, no quedaria nadie entre los protestantes: es preciso que la reina juzgue el negocio.

Mas esta no lo ha juzgado nunca; el asunto está pendiente de solucion, y mientras tanto acreditase la opinion de que los protestantes no pueden abrazar la religion católica.

Como se concibe fácilmente, semejante estado de cosas es por desgracia lo más á propósito para ahogar los gérmenes de salvacion que la gracia produce en las almas. Así, ¿qué vemos generalmente en nuestras iglesias? Que en ellas los ricos y los poderosos aparecen *rari nantes*. Como siempre, los pastores son los primeros llamados al pesebre, realizándose como siempre el *pauperes evangelizantur*.

(Se continuará).



TRINIDAD. — Leprosos de Cocorita. (Pág. 318).

LA LEPROSERÍA DE COCORITA.

(ISLA TRINIDAD).

I.

A tres millas de Puerto-España, á orillas del golfo de Paria, en el fondo del cual se levanta la capital de la isla Trinidad, existe hace muchos años una leprosería en un lugar denominado Cocorita.

Esta leprosería, situada en el interior de un vasto cercado, está adosada á una montaña y mira hácia el mar. Tres cuerpos de edificio están así dispuestos: á la derecha la casa de los leprosos; á la izquierda la de las leprosas; al extremo del cercado la casa de las religiosas Dominicanas.

A este lugar llegaron á fin de Marzo de 1868, á petición del Ilmo. Gonin, arzobispo de Puerto-España, cinco Dominicanas francesas de la Congregacion de Santa Catalina de Sena, acompañadas de una piadosa viuda que como ellas deseaba consagrarse al cuidado de los leprosos. Pocos meses despues fuéron á juntárseles otras cuatro Religiosas del mismo Instituto, y en Junio del año siguiente un nuevo refuerzo hizo subir su número á quince. Contábanse entonces en aquel hospicio setenta leprosos de todo sexo y edad.

Hé aquí cómo hablaban las primeras Religiosas del espectáculo que se les presentaba al llegar á Cocorita:

«Es imposible dar una descripcion exacta de la lepra. Hay enfermos que sólo tienen tan terrible mal en las manos, en los piés, en la nariz ó en las orejas, pero no sin encogerlos, roer sus carnes ó hincharles desmesuradamente: á otros se les cubre el rostro de escrescencias que les desfiguran por completo y degeneran en horribles llagas. Al principio la piel de los blancos se vuelve roja, y la de los negros blanquizca. La variedad más espantosa de tan vergonzoso mal es la lepra leontina, llamada así porque la cabeza del doliente se parece á la de un leon. Algunos leprosos mueren hidrópicos; otros llegan á edad avanzada. La lepra no es incompatible con otras enfermedades.

«A pesar de la deformidad de los rostros, pudimos descubrir en nuestros leprosos un aire de satisfaccion y contento cuando nos vieron. El actual mayordomo ó intendente ha mejorado ya un poco la suerte de estos desgraciados, pero falta mucho que hacer, sobre todo bajo el punto de vista de la comodidad y del aseo. Las camas están en extrema desnudez. No hay en el hospicio ropa blanca ni granero, y las funciones de la lavandera se reducen probablemente al lavado de los trapos y andrajos de los leprosos.»

Lo que se designaba con el nombre de capilla era una sala de repugnante desaseo, ocupada comunmente por las camas de los enfermos, y sirviendo alternativamente para el culto católico y para el protestante. El primer afán de las Religiosas fué disponer un local que sirviese de oratorio, y pusieron su convento bajo la advocacion de Nuestra Señora del Rosario.

¿Hablarémos de su habitacion?

«Al entrar en nuestra nueva morada, decian, hemos encontrado en ella todo un ejército de murciélagos que todas las noches nos regalan con sus melodías. Estos huéspedes incómodos han establecido hace mucho tiempo su domicilio bajo las vigas del techo, sin que los ne-

gros se atrevan á destruirlos, temerosos de atraerse alguna calamidad ó desgracia. Encima del cuarto bajo no hay más que un piso debajo tejado, de modo que debemos cohabitar con estas aves nocturnas, de las que todavía no hemos podido desembarazarnos. Añadid á esto las visitas de multitud de insectos á quienes nada estorba el paso, pues no hay vidrios en las ventanas. En fin, como los tabiques no llegan al techo, se tiene el disgusto de oír todo lo que se dice en las piezas vecinas; y á través de las tablas mal unidas puede tambien verse lo que pasa en la parte inferior. Es necesario aquí prescindir de toda especie de delicadeza, sea de la vista, sea del oído, sea del aseo, pues todo esto es enteramente desconocido en todo cuanto nos rodea.

«Sin embargo, tales inconvenientes nada son comparados con las miserias morales que presenciamos. Inmundicia y miserias del alma y del cuerpo, todo es en grado superlativo... más no retrocedemos á la vista de la cruz que Nuestro Señor nos presenta en toda su desnudez. Como verdaderas hijas de santa Catalina de Sena, trocamos «lo amargo por lo dulce,» y estrechamos esta cruz contra nuestros corazones con amor y reconocimiento, considerándonos felices con la idea de que, si Nuestro Señor quiere ocultárnosla bajo rosas, vendrán directamente del cielo, porque no las producirá para nosotras el bello suelo de la isla Trinidad.»

Las Religiosas, pues, dedicáronse animosamente á sus santas tareas, comenzando por introducir el orden en el hospicio, y lo consiguieron más allá de sus esperanzas. Muchas veces recibieron la visita del Prelado y del Gobernador, quienes atestiguaron su satisfaccion por el buen aspecto de las salas, de la farmacia y de la ropería. Pero lo que sobre todo les consolaba era el bien que las Religiosas obraban visiblemente en las almas de sus pobres enfermos, que al ver ocupadas á aquellas santas mujeres, dos horas por la mañana y otras dos por la tarde, en limpiarles, en curar sus llagas, en lavar sus úlceras, sentíanse vivamente conmovidos, en términos que muchos de ellos mostrábanse dispuestos á volver á Dios.

Al día siguiente de la fiesta de santo Domingo del mismo año 1868, uno de los enfermos, protestante, declaró en presencia del ministro que estaba resuelto á hacerse católico. Su ejemplo tuvo imitadores. La vigilia de la Asuncion el P. Rafael Pierrez, dominico, bautizó en la capilla del establecimiento á dos chinos, un indo y una inda de sesenta años. El 16 de Agosto, fiesta de san Jacinto, el Ilmo. Gonin admitió á la primera Comunión á diez leprosos y confirmó á diez y siete.

Las conversiones fueron aumentando considerablemente en el hospicio, y la piadosa influencia de las Hermanas extendíase hasta los habitantes del pueblo próximo á la leprosería, compuesto en gran parte de indos budhistas y de negros. Al mismo tiempo ofrecíase á su celo la esperanza de trabajar en la evangelizacion de los niños indos. El P. Estéban Brosse había podido abrir una casa-escuela, y las Hermanas recogieron en ella treinta niños. ¿No eran éstos «las rosas que debían venir directamente del cielo» para ocultar las espinas de tantos sacrificios? Más aún, eran los preludios de la corona más durable que se las preparaba.

A fin de Julio y principio de Agosto de 1869 dos Do-

minicos, los PP. Trouche y Mentel, murieron víctimas de la fiebre amarilla en Puerto-España, y la terrible epidemia cebóse con tal furia en la Comunidad de Cocorita, que en pocos días arrebató á nueve Religiosas. Cuatro de estas víctimas de la caridad hacia sólo tres meses que ejercían allí su santo y fecundo apostolado. Todas se ofrecieron en sacrificio por la Mision, y bendijeron á Dios hasta su último suspiro.

Las seis Religiosas que sobrevivieron como por milagro á sus compañeras no desmayaron un instante en su resolucion de vivir y morir al servicio de sus leprosos, y no tardaron en ser socorridas por sus hermanas de Francia. Su obra continuó prosperando. Si la sangre de los primeros Mártires era semilla de cristianos, ¿no podia esperarse que el sacrificio de la caridad tuviese la misma virtud é hiciese germinar vocaciones apostólicas en una Congregacion todavía jóven, pero que recibió, en el momento mismo en que se consumaba la inmolacion de las Religiosas de Cocorita, la más preciosa sancion que puede ambicionar un Instituto religioso, la aprobacion de la Iglesia?

II.

Durante el año 1873 subió á ciento el número de leprosos en el hospicio de Cocorita. Las Religiosas eran once. Los alumnos de la clase inda llegaron á cincuenta. Entre los leprosos fueron bautizados diez y ocho adultos y doce niños, é hicieron su primera Comunión doce adultos indos y diez adultos criollos.

En el mismo año murieron dos jóvenes Dominicas, despues de hacer en igual día, mediante la profesion religiosa, los mismos sacrificios para consagrarse á las mismas obras.

Era una de ellas sor Luisa-Germana, y contaba veinte y ocho años. Tenia á su cargo la clase inda. Haciendo alusion á su nombre de Germana, titulábase la «pastora de los pequeños coolies,» y era verdaderamente su guardiana y su madre.

Pocos meses despues de su muerte seguía al sepulcro á la edad de veinte y nueve años sor Maria de los Angeles, atacada como su compañera de una enfermedad del pecho. La dicha de verse al fin á donde la habian llamado las secretas pero ardientes aspiraciones de su alma parecia dar á su delicado cuerpo una fuerza que á ella misma la tenia admirada. Pero no tardó en sucumbir, y quedó reducida á una completa inaccion, empleando sus ocios en pintar y dibujar, en lo cual tenia especial disposicion.

Diez dias antes de espirar, habiendo tenido una crisis que pensó sería precursora de su fin, escribia esta tierna despedida:

«Nuestro dulce Jesús quiere darme el consuelo de poder enviaros mi postrer adios. ¡Sea por siempre bendito! Os dirán cuántas gracias, cuántos sufrimientos y cuánta dicha me ha proporcionado desde el jueves... Y hoy tal vez, ó mañana, ó más tarde, creo será el gran día. ¡Cuán feliz soy, Madre mia! No há mucho me sentia abatida por una terrible crisis, y apenas podia murmurar mi *Amen-fiat* á la idea de que deberia continuar aún así mucho tiempo... Mas, miro mis piés, y les veo hincharse notablemente, y esta señal de partida casi me ha resucitado.

«...Todas nuestras Hermanas sin excepcion son para

mi verdaderas madres por la ternura y cariño que me atestiguan, así como por sus buenos cuidados...

«A Dios, Madre mia, á Dios. Para vos toda la gratitud de este mi pobre corazon, y para todas nuestras Hermanas el afecto que rebosa, sobre todo en el momento de abandonarlas. Rogad por mí para que merezca pronto un lugar en el cielo, pues acaso mis pecados retarden la hora suspirada.

«A Dios, Madre mia, gozad de la dicha de vuestra hija, escogida y llamada por el Esposo.»

¡A tal punto llega el espíritu de sacrificio de aquellas buenas Religiosas; así saben morir en la leprosería de Cocorita!

Aquí no podemos menos de dedicar tambien un recuerdo á la memoria de otra Religiosa muerta el 7 de Mayo de 1877. La Rda. M. Catalina-Dominga habia partido de Bélgica su patria en 1869 para pasar su vida con esos infortunados cuyo contagio se evita echándolos fuera de las poblaciones. Apenas hubo llegado fué enviada como superiora al hospicio de Shina. Poco tiempo despues, la fiebre amarilla, que cayó como el rayo sobre las dos Comunidades Dominicanas, llamó á sor Catalina á más heroica abnegacion. Día y noche cuidaba á sus Hermanas sin pensar en el peligro á que se exponia, y dió sepultura á las nueve víctimas que plugo á la Providencia señalar. Entre ellas contábase la Rda. M. María-Dominga, entonces superiora de la Comunidad de Cocorita y directora del Asilo. Digna era de sustituirla sor Catalina, y fué investida de los dos referidos cargos. Fruto eran de su vivísima piedad una caridad muy grande, un celo extraordinario y una profunda humildad.

Pocos años despues, en el momento en que perdía otra de sus compañeras, sintióse atacada. Dudóse al principio, pero el mal fué creciendo, empleando tres años en desarrollarse, hasta que por último la Rda. M. Catalina, ofreciendo su muerte como habia ofrecido su vida, sucumbió. Una de sus compañeras, al anunciar esta dolorosa pérdida, escribia: «No he visto muerte más dulce y más hermosa, y creo que es así como mueren los santos. Despues de su muerte ha quedado sonriendo y como rejuvenecida, y nuestros ojos no se cansaban de contemplarla. Los enfermos de la leprosería han cubierto el órgano en señal de duelo (1) y quieren pasar un mes sin tocarlo, como una débil muestra de lo mucho que la querian.»

Sor Catalina-Dominga tenia cincuenta y dos años de edad, y diez y seis de profesion religiosa.

III.

En medio de una vida de miserias, de sacrificios y de privaciones, aquellas Religiosas saben encontrar una verdadera dicha, como se desprende del contenido de la carta que vamos á extractar. La Religiosa que la escribió era viuda cuando entró en la Orden de santo Domingo. Su edad no la impidió solicitar con instancia la gracia de consagrarse hasta la muerte al servicio de los leprosos de Cocorita.

«Me siento tan feliz, decia, en medio de nuestros queridos leprosos, que no cambiaria por el más bello trono del mundo mi sala de veinte enfermos con sus lla-

(1) Este órgano, regalo de la Obra apostólica de Lyon, tiene 6 registros, y forma la alegría de los leprosos de Cocorita.

gas repugnantes, lo confieso, y sus figuras más ó menos salvajes.

«Mi sala reúne un pequeño mundo que podría formar las delicias de un pintor, pues tengo como quien dice casi todos los tipos posibles: chinos, criollos, indos, negros, africanos, portugueses, americanos é ingleses, todos más ó menos desgraciados por la naturaleza ó por la enfermedad. Los hay sin piés ni manos, otros sólo tienen la mitad; unos con la boca de través, otros con los ojos vueltos. Dos están medio locos, y un tercero lo está del todo. De otros dos, que apenas han salido de la infancia, el uno llora continuamente, mientras el segundo no cesa de cantar. Hay también dos músicos que nos dan magníficos conciertos con instrumentos de poco coste: el uno tiene una gaita zamorana, el otro su vaso de

metal y su plato. Como veis, tenemos con que satisfacer todos los gustos.

«Casi todos, jóvenes y viejos, me llaman su madre; título que me tiene muy satisfecha y que me esfuerza en merecer, pues quiero ser para ellos, en cuanto pueda, una verdadera madre...»

Los siguientes detalles están tomados de una carta escrita á principios de 1875 por la Madre Priora de Cocorita:

«Con frecuencia tenemos el sentimiento de no poder admitir nuevos enfermos por falta de sitio. Los que tenemos son actualmente en número de ciento quince. Espantan los progresos de la lepra en la isla, de modo que casi no puede darse un paso sin encontrarse con algunos. Generalmente son buenos: si á veces la enfer-



TRINIDAD. — Religiosas Dominicas curando leprosos en el asilo de Cocorita.

medad les agría, ó si se dejan llevar de una falsa esperanza hasta dejar el hospital, no tardan en volver. Nótese en ellos un fondo de fe y de sumisión á la voluntad de Dios, que les sostiene en los momentos difíciles.

«No se crea, sin embargo, que el buen humor esté desterrado del asilo de nuestros queridos leprosos; al contrario, reina aquí una alegre animación. A excepción de algunos que tienen de guardar cama, todos los demás van, vienen y trabajan, contándose entre ellos unos veinte niños que no carecen de buen ánimo. Apenas se ven capaces de manejar un azadón ó una hoz, ocúpense en mantener en buen estado los prados y los caminos, mientras otros ayudan en el arreglo y buen orden de las salas. Este año el número de defunciones ha sido menor que en los anteriores. Comunmente contamos de quince

á diez y siete. En 1874 sólo hemos tenido nueve, dos de los cuales habían llegado aquí tan enfermos, que tuvimos justo el tiempo para prepararles al bautismo.

«Pienso será de vuestro agrado que os hable de los consuelos que han recibido nuestros corazones de misioneras é hijas de santa Catalina de Sena durante el año transcurrido. Hemos tenido la dicha de proporcionar la gracia del Bautismo á catorce adultos, á veinte niños y á una jovencita protestante de doce años. Las primeras Comuniones han sido quince: seis de niños y nueve de adultos.»

Otra Religiosa escribía en Febrero de 1876:

«El número de nuestros leprosos varía de 112 á 115: nuestra casa no puede contar mayor número de ellos. Durante el año pasado han sido bautizados ocho adultos

y catorce niños, todos indos, y dos muchachas protestantes. Han muerto diez y seis enfermos, cuatro de los cuales pidieron el Bautismo. El trabajo de la gracia aparece más evidente en estos bautismos *in extremis*. Estas pobres gentes, ignorantes y groseras, quedan transformadas en un instante. El misterio que en ellas se obra por el Bautismo es visible aún exteriormente; es como el reflejo de la belleza que el alma acaba de adquirir mediante los dones sobrenaturales. Nuestros leprosos bautizados no sabían cómo atestiguar su alegría. Felipe, uno de ellos, parecía tener una intuición especial de la gracia regeneradora, y repetía sin cesar:

«—Ahora está todo bien, bien; todos los pecados perdonados, lavados; morir, volar hacia Dios, ¡qué bueno! ¡qué bueno!

«Hemos también perdido á John Rajus, después de veinte años de permanencia en el hospital. Últimamente no tenía manos ni pies, pero había conservado una excelente cabeza. Preparóse á morir como buen católico, y expió, con un mes de crueles sufrimientos, faltas que su ignorancia y su primera educación hacía excusables.

«Uno de los primeros protestantes convertidos por nuestras Hermanas, James Gordon, había permanecido enteramente fiel á sus deberes cristianos. Sufría como nadie al ver su vida tan penosa, sepultada desde los veinticuatro años en un hospital de leprosos; pero consolábanle los pensamientos de la fe. Era uno de los primeros que se ofreció á prestar á nuestras Hermanas los pequeños servicios que le permitía su estado. El dolor que sintió por su muerte (1) parece haber sido la causa del rápido incremento de su enfermedad. En poco tiempo quedó cubierto de tubérculos, y luego de úlceras, de pies á cabeza; su cuerpo, flaco y extenuado, era todo una llaga, y los diez últimos meses de su vida fueron un verdadero martirio. No podía mirársele sin horror: era un esqueleto vivo, cubierto de supuraciones. Además, sus nervios se habían retirado, y su boca se había casi cerrado: dos veces debió hacerse una operación para que pudiese respirar y tomar un poco de alimento; y aun era tan pequeña la abertura, que no podía comulgar sino con una partícula de la santa Hostia. Su paciencia fué constante hasta el fin.

«Ernestina era también literalmente una llaga, en términos que, á pesar de todos nuestros cuidados, un día antes de su muerte era comida de insectos y de gusanos.

«María Manelli, una de sus compañeras, leprosa en toda la extensión de la palabra, nos recordaba la solitaria cantando su libertad viendo caer la muralla de su cuerpo. Hábele costado hacer su sacrificio, y sus primeros días en el Asilo le parecían muy tristes; pero al fin triunfó la gracia, y la pobre jóven se resignó enteramente. La paz y la alegría de sus postreros días fueron la recompensa de su generosidad; y estaba tan contenta de morir, que deseaba cantasen continuamente cerca de ella las alabanzas de la Virgen. Vino á buscarla esta buena Madre el 31 de Mayo. La lepra había herido á casi toda la familia de María. Dos de sus hermanos la habían precedido en el hospital; deja en él una hermana, y probablemente vendrá otro hermano suyo á ocupar su puesto.

(1) Alude á las nueve Religiosas que en 1869 sucumbieron á la fiebre amarilla.

«Fáltame decir algo de María Juana, á quien hubiera debido mencionar la primera, pues era para el Asilo un ángel de bendición. Si nuestras jóvenes son piadosas, á ella lo debemos, como que tenía el don de hacer atractiva la piedad. Tres veces al día reunía en torno de su altarcito la sala entera de mujeres para rezar el Rosario, las Letanias y otras preces. La pobrecita había perdido una parte de sus manos y pies, y no podía caminar sino arrastrándose: á pesar de sus dolencias, asistía á misa todos los días y nunca omitía su visita al santísimo Sacramento. A las tres y media estábamos seguras de encontrarla en la capilla, en donde permanecía hasta las seis y media. ¿Qué hacía durante tan largas horas? Es el secreto de los ángeles: nosotros nos complacíamos en observarla, y su compostura nos edificaba. Arrodillada, con los brazos cruzados y la vista en el suelo, no cesaba de orar, y á veces corrían gruesas lágrimas por sus mejillas maltratadas por la horrible enfermedad. Los días de Comunión su visita se prolongaba; y si sus llagas la impedían ir á la capilla, la encontrábamos arrodillada delante de su pequeño altar. Había comprendido el misterio de la mortificación cristiana, pues nunca profería la menor queja. Hacia abstinencia tres veces á la semana, y en dichos días se contentaba ordinariamente con pan seco. Su devoción favorita era Jesús crucificado, y durante sus postreros días repetía sin cesar esta aspiración: «¡Jesús! ¡Jesús mío crucificado!» En sus últimos momentos ella misma pidió la Extremaunción, para la cual se preparó con extraordinario fervor; y en la agonía hizo llamar á su hermana María Luisa para que la acompañase en sus oraciones. Contaba de quince á diez y seis años. Una buena mujer la había encontrado en un camino, dos ó tres días después de la fiebre amarilla, y la acompañó á nuestro hospital. Al saber su muerte, muchos de nuestros leprosos exclamaron: «María Juana, rogad por nosotros.»

«...El viernes 31 de Diciembre el sagrado Corazón nos envió por aguinaldo un negro leproso casi moribundo. Sus miembros medio podridos eran roídos por los gusanos, y todo su cuerpo despedía un hedor insoportable. El infeliz había sido recogido en las calles de Puerto-España, y encerrado cuatro días sin prestársele los cuidados que requería su mísera situación. Eran las fiestas de Navidad, y no se encontraba una mala carreta para conducirlo al hospicio. Ese desgraciado soportaba aquí sus sufrimientos con gran paciencia y sentíase tan feliz que todo lo olvidaba para manifestarnos su gratitud. Viendo lo mucho que se debilitaba, rogué á nuestro capellan que explorase sus sentimientos. A la primera visita pidió el Bautismo, que quedó aplazado á causa de su completa ignorancia de las verdades religiosas. Además de sus llagas, tenía una enfermedad de pecho que hizo tan rápidos progresos, que fué preciso el 9 de Enero pasado administrarle el Bautismo en su lecho de muerte. Adorné con flores el altarcito de la santísima Virgen colocado al lado de la cama, y se verificó la sagrada ceremonia con asistencia de nuestras Hermanas y de multitud de coolies. Su madrina, la Sra. Corberon, le puso por nombre José María. No acierto á expresar el gozo y la sorpresa de nuestro enfermo, sentado en su lecho, con pleno conocimiento, absorto ante las ceremonias cuyo sentido no comprendía; pero claramente demos-

traba la expresion de su rostro que sentia perfectamente que grandes cosas acababan de pasar en él. Terminado el bautismo, arrodilláronse todos los asistentes, rezando en alta voz la accion de gracias. El mismo día empeoró su estado, y despues de otros siete de sufrimientos rendia el último suspiro.

«Durante el pasado Enero hemos presenciado una tierna ceremonia de Confirmacion. Los que recibian este Sacramento eran cuarenta y siete, y dos de ellos hicieron su primera Comunión. Nuestra pobre capilla y nuestra galería estaban adornadas con ramas de cocoteros y de palmeras. A la llegada del señor Arzobispo de Puerto-España, acompañado de los PP. Estéban y Jacinto, echóse á vuelo la campana del convento. Los confirmandos vestidos de blanco se dirigieron procesionalmente á la capilla. El Ilmo. Gonin les dirigió una paternal alocucion apropiada á la ceremonia y á su posicion de desheredados de la tierra. Luego celebró el santo Sacrificio, repartió la sagrada Comunión á nuestros cuarenta y siete leprosos, y les administró el sacramento de la Confirmacion.»

No podemos completar mejor esta breve reseña del heroico apostolado de las Religiosas Dominicas de Cocorita que reproduciendo un extracto de la carta de sor F..., consagrada hace largos años al servicio de los leprosos:

«...Nuestro Señor me asiste de una manera particular, así en lo espiritual como en lo corporal. Mi salud es siempre la misma; la fiebre me visita bastante á menudo; pero, á Dios gracias, puedo trabajar. Con frecuencia me sucede pasar noches enteras en continuos vómitos, sintiéndome tan postrada, que me parece imposible pueda hacer cosa de provecho á la mañana siguiente. Entonces digo á Nuestro Señor: «¡Dios mio! Miembros «vuestros son los que debo curar, y no hay quien me «sustituya: ved cómo lo arreglais, que esto os toca á «Vos!» Y el buen Maestro me da siempre fuerzas para llenar mi cometido sin gran trabajo y en tal manera que, á pesar de lo delicado de mi estómago, nunca me ha indispuerto el infecto olor de las llagas. A decir verdad me siento muy dichosa en sufrir, pues así puedo adquirir algun mérito para el cielo.

«Hace algun tiempo tenemos en una de nuestras salas un leproso que tenia una pierna tan podrida que nadie podia sufrir su hedor. El doctor juzgó á propósito enviarlo á mi sala, y yo se lo agradecí á Dios, en la idea de poder trabajar en la salvacion de su alma, no menos enferma que su cuerpo. Así, pues, en cada curacion procuré hablarle de Dios y de la Confesion; pero parecia poco dispuesto á escucharme y siempre trataba de dar otro giro á la conversacion. No obstante, acercándose la fiesta del Rosario, comencé una novena con otros enfermos. El segundo día, mi paciente me dijo que llamase á un Padre para confesarse. Cumplí el encargo con gran alegría; pero ¡cuán pasmada quedé cuando, viniendo el Padre, aquel infeliz le dijo que no estaba en disposicion de confesarse en aquel momento, y que volviese en otra ocasion! Volvió en efecto el Padre á la mañana siguiente, y obtuvo igual respuesta, sucediendo lo mismo una tercera vez. Por mi parte comenzaba ya á desesperar de su salvacion, pues me parecia que su endurecimiento era cada vez mayor, y al mismo tiempo iba decayendo tan rápidamente que, cada vez que le curaba, temia que

espirase entre mis brazos. En fin, el último día de la novena, fiesta del santo Rosario, pidió que llamásemos otra vez al Padre. Hícelo temblando, pues temia una nueva negativa. Pero ¡oh dicha! esta vez fué nuestra la victoria y quedó ganada aquella alma, gracias á nuestra santísima Madre. Nuestro pobre leproso se confesó con grandes sentimientos de contricion, y desde aquel momento su pierna tan malparada, y de la que desesperaba el doctor, experimentó sensible mejoría, y dentro pocos días podrá ese hombre caminar.

«Al presente continúa en sus buenas disposiciones y se dispone para hacer su primera Comunión. ¡Gloria á Nuestra Señora del Rosario!»

LOS MISIONEROS DE NUESTRA SEÑORA DEL SAGRADO CORAZON

EN LA MELANESIA Y LA MICRONESIA.

La Santa Sede acaba de confiar á los misioneros del Sagrado Corazon (Issoudun) la evangelizacion de los archipiélagos de la Oceania que forman el antiguo vicariato de la Melanesia y la Micronesia. Aquellas comarcas contienen millones de salvajes que nacen, viven y mueren en la idolatría. Desde su descubrimiento en el siglo XVI, algunos generosos sacerdotes y misioneros abordaron aquellos remotos paises; pero desde 1854 parecia todo abandonado, cuando un noble breton, el marqués de Rays, recorrió hace pocos años aquellos mares, y resolvió fundar una colonia cristiana en las islas de Nueva-Irlanda, Nueva-Bretaña, Nueva-Guinea, Salomon y otras, con el nombre de Nueva-Francia. Multitud de almas generosas respondieron á su llamamiento, y diversos buques han conducido ya á la nueva Colonia numerosos y fecundos elementos de civilizacion y de prosperidad. En uno de dichos buques partió el primer misionero de la Colonia, Rdo. Lannuzel, quien apenas llegado á aquellas remotas playas ofreció en ellas el santo sacrificio de la Misa y *las consagró solemnemente al sagrado Corazon de Jesús* (1), siendo esta la primera semilla que los misioneros de Issoudun encontrarán en una parte del Vicariato.

El Instituto de misioneros del Sagrado Corazon cuenta sólo veinticinco años de existencia; pero la Santa Sede ha protegido y bendecido su cuna, ha alentado sus esfuerzos y aprobado sus constituciones. Les ha reconocido como los propagadores oficiales de la devocion al sagrado Corazon, y les ha dado por divisa estas bellas palabras: *Ametur ubique terrarum Cor Jesu sacratissimum*. Pio IX, al llamarles á Roma, fijó su traje y colocó él mismo en sus pechos una imagen del sagrado Corazon, símbolo de su apostolado. Leon XIII les ha colmado de sus favores, los ha establecido en la plaza de Navona, ha erigido en Archicofradía primaria la asociacion que han fundado en honor de Nuestra Señora del Sagrado Corazon para las causas desesperadas, y la divina Providencia ha permitido ya que se establezcan en España, América y Holanda.

No obstante, el Vicario de Jesucristo, que tiene la mision de procurar la salvacion de todos los pueblos, acaba de echar una mirada de dolor sobre las innumerables islas de la Oceania. Desde las Molucas á las Nuevas-Hé-

(1) Véase en la página 154 la relacion que escribió el Rdo. Lannuzel.

bridadas, en un espacio de 1,000 á 1,200 leguas de longitud por 350 de anchura, ha visto archipiélagos abandonados y millones de salvajes sin sacerdotes y entregados á las más degradantes supersticiones. Su alma está hecha á imagen de Dios; han sido creados para el cielo, y por ellos, como por nosotros, derramó Jesucristo su sangre. ¿Quién cruzará los mares para llevarles la luz de la verdad? Piensa en los misioneros del Sagrado Corazón, y de aquí la correspondencia que nos complacemos en reproducir á continuación, llena de generosidad y de ternura por un lado, y por otro de humildad y de fe.

Al muy reverendo Padre Superior general de los misioneros del Sagrado Corazón, de Issoudun.

Muy reverendo Padre:

Hace muchos años el vicariato de la Nueva-Guinea está vacante por falta de Comunidad religiosa que quiera tomarlo bajo su dependencia. La Santa Sede, que mira con el mayor interés aquella importante región, donde no existe Mision alguna católica, mientras algunos ministros protestantes difunden allí el error; conocedora del celo que anima á Vuestra Paternidad y á los miembros de la Congregación por la propagación de nuestra santa fe, vería con sumo placer que los misioneros del Sagrado Corazón se encargasen de evangelizar aquel vasto campo. No ignoro que para alcanzar este fin se requiere tiempo y paciencia; mas por el momento podría cuando menos enviarse allí dos ó tres sacerdotes de vuestra Congregación, los cuales, al mismo tiempo que ejerciesen el cargo espiritual con los católicos de que se compone la Colonia de la Nueva-Francia establecida ya en aquellos mares, estudiarían el modo de restablecer una Mision para el Vicariato entero.

Tengo la firme confianza de que Vuestra Paternidad acogerá con placer la proposición que por la presente le hago, y pidiéndole favorable respuesta le deseo al mismo tiempo toda suerte de bendiciones en el Señor.

Roma, palacio de la Propaganda, 25 de Marzo de 1881.

De Vuestra Paternidad afectísimo

JUAN Cardenal SIMEONI,
Prefecto.

J. MAZOTTI, Secretario.

A Su Eminencia el cardenal Simeoni, Prefecto de la Propaganda.

Eminentísimo Cardenal:

La proposición que por vuestro conducto se digna hacernos la Santa Sede, al par que nos honra, nos llena de espanto. Léjos estábamos de pensar que Su Santidad fijase la vista en los humildes misioneros del Sagrado Corazón para confiarles una misión de tanta importancia. Empezar la evangelización de la Nueva-Guinea y de los archipiélagos vecinos es tarea muy superior á nuestras fuerzas. Las costumbres de los indígenas, su carácter salvaje, sus lenguas difíciles, el clima de los países ecuatoriales, todo, en una palabra, nos deja entrever un apostolado de los más laboriosos.

La carta oficial con que Vuestra Eminencia se ha dignado honrarme para transmitirme el deseo del Padre Santo lleva la fecha del 25 de Marzo, muy significativa por cierto, como que es el día escogido por el cielo para anunciar la nueva de salvación por la Encarnación del Verbo, y es también el día que ha elegido Leon XIII para proponernos por medio de su fiel mensajero la Mision de la Melanesia. A ejemplo de María, hemos hecho conocer con sencillez nuestra notoria insuficiencia y nuestras legítimas inquietudes. Y pues, á pesar de esta sincera confesión, nos decís como el Ángel: «No temáis, aceptad el ofrecimiento que se os hace; el Espíritu de Dios será con vosotros y la virtud del Altísimo os cubrirá con su sombra,» nos inclinamos con respeto, y nuestra humilde Congregación responde con la Virgen de Nazaret: *Ecce ancilla Domini; fiat mihi secundum verbum tuum*. Y con san Pedro: *In verbo tuo laxabo rete*.

Quisiéramos poder enviar á aquellos pobres idólatras una legión de apóstoles; pero nuestro número es todavía muy restringido. Así es que, á pesar de nuestra mejor voluntad, no podremos de momento consagrar á esa difícil Mision más que los misioneros pedidos por Vuestra Eminencia.

Decid al Padre Santo, deponiendo á sus pies la expresión de nuestra viva gratitud y el homenaje de nuestra profunda veneración, que

puede contar con nuestra ciega obediencia y con nuestra adhesión absoluta.

Dignaos recibir, eminentísimo Cardenal, con nuestros sentimientos de viva gratitud, la seguridad del profundo respeto con que tengo el honor de ser

De Vuestra Eminencia

Muy humilde y obediente servidor *in Corde Jesu*
J. C., mis. S. C.

Al muy reverendo Padre superior general de los misioneros del Sagrado Corazón, de Issoudun.

Muy reverendo Padre:

Considérome feliz en comunicaros que el Padre Santo ha sabido con viva satisfacción que habeis aceptado enviar algunos misioneros de vuestra Sociedad para la evangelización del vicariato apostólico de la Melanesia y la Micronesia, vicariato que comprende la Nueva-Guinea, la Nueva-Francia y otras muchas islas de la Oceania. Su Santidad, al mismo tiempo que alaba vuestro celo, os envía de todo corazón á vos y á todos los miembros de vuestra Sociedad la bendición apostólica. Por el momento bastará enviar á ese Vicariato los misioneros de que podais disponer al intento. Cuando me hayais dado á conocer sus nombres, me apresuraré á concederles los poderes necesarios, nombrando superior de toda la Mision al que vos me designeis con mayor aptitud para llenar este cargo, y bajo cuya dependencia deberán también estar los sacerdotes que se encuentren ya en la Colonia de la Nueva-Francia. Más adelante, cuando sea mayor el número de misioneros y de fieles, me complazco en esperar que podrá definitivamente reconstituirse la diócesis y nombrar un vicario apostólico. Mientras tanto ruego al Señor que recompense con la abundancia de sus gracias á vos y á vuestra Sociedad, que se muestra animada de tan fervoroso celo por la salvación de las almas, y que bendiga muy particularmente los trabajos que los nuevos misioneros emprenderán para evangelizar aquel vasto Vicariato, que por tan largo tiempo se ha visto privado de misioneros apostólicos.

Roma, en la Propaganda, 14 de Mayo de 1881.

De Vuestra Paternidad afectísimo,

JUAN Card. SIMEONI,
Prefecto.

J. MAZOTTI, Secretario.

A Su Excelencia el señor Marqués de Rays.

...Nuestra Mision de la Melanesia, de la Micronesia, etc., es oficial. Roma ha roto el silencio. Se han enviado telegramas á los periódicos, y al principio de esta semana *Le Monde* y *L'Univers* han publicado sobre el particular cartas muy detalladas de Roma. Podeis, pues, por vuestra parte hacerlo también público.

Tres sacerdotes de mi Congregación están ya designados para esta Mision con algunos Hermanos. Será su superior el P. Durin, que lo ha sido de nuestra casa de América. El cardenal Simeoni le ha dado ya los poderes necesarios, lo mismo que á mis demás compañeros.

En este momento el P. Durin está en Roma para recibir las últimas instrucciones y arreglar la partida...

C., superior general de los misioneros del Sagrado Corazón (Issoudun).

Ultimamente, á su regreso de Roma, el P. Durin ha sido recibido en Marsella por el Consejo administrativo de la Colonia de Nueva-Francia con los miramientos debidos á su alta misión.

El Padre Santo se había dignado conceder al expresado Padre una larga audiencia privada y le había dirigido las más paternales y solemnes exhortaciones: «Id, le dijo, no temáis: es la Iglesia la que os envía.»

El P. Durin trae consigo una bandera del Sagrado Corazón, ricamente bordada con este fin por una santa moribunda y bendecida especialmente por Leon XIII.

La Colonia libre fundada en Oceania por el ilustre breton Mr. Carlos de Breil, marqués de Rays, orgu-

llosa de ser así por su parte la base civilizadora de una nueva predicación del Evangelio,—lo cual es su primer y principal objeto,—se hará una gloria y un deber de favorecer por todos los medios á sus misioneros.

Hoy podemos anunciar, sin perjuicio de medidas ulteriores, que el señor marqués de Rays, por decisión reciente, ha sentado en principio que se dé absoluto apoyo á la Mision que la Santa Sede se ha dignado conceder á la Nueva-Francia.

Para todo lo concerniente al servicio de la Mision en general y al de sus diversos establecimientos, se concederá pasaje gratuito en los buques de la Colonia y en los de la línea española de las Filipinas.

Además de los dones extraordinarios y de los recursos exigidos por las necesidades excepcionales, la Administracion colonial de la Nueva-Francia ha señalado para el Prefecto apostólico de Port-Breton una pension de 24,000 francos al año (1).

VIAJES.

Á BORDO DE UN JUNCO CHINO.

19 de Marzo, fiesta de san José, primer patron de nuestras Misiones.

La noche del 18 la pasé casi sin dormir; en la del 19 he estado siempre en danza con motivo de ciertas ceremonias y cumplimientos de carácter chusco. Ayer por la tarde llegamos á una subprefectura llamada Yu-nan-chien. El Padre europeo de nuestra Asociacion, residente en esta ciudad, vino luego á visitarnos. Despues de la cena estábamos hablando con nuestro pobre enfermo, cuando nos anunciaron la llegada á nuestro junco de un mandarin de importancia. Al instante nos ponemos á preparar lo que llamamos nuestro salon: traen el té, la pipa de ceremonia, etc. Entra el personaje y saludanos á la chinesca, á lo cual apenas contestamos, por la sencilla razon de que aún no sabemos hacer semejantes gestos: despues se sienta en una poltrona, y empieza á menearse *mandarinamente* bajo su magnífico glóbulo blanco adornado de soberbio plumaje. Nos colocamos á su lado, mientras que nuestros familiares y los suyos permanecen respetuosamente en pié con su espléndido sombrero de ceremonia. Acto continuo empieza la discusion, que duró hora y media y fué bastante animada. El astuto mandarin queria visar nuestros pasaportes y darnos soldados para acompañarnos, cosas las dos á que se han negado siempre nuestros predecesores; pero recientemente han llegado de Pekín órdenes muy severas. Al cabo de algunos minutos estábamos al corriente de la cuestion, y desde aquel momento se presentó una escena muy animada. Nuestros acompañantes no querian acceder á nada. El Padre rehusaba los soldados, pero con-

(1) Buen augurio de prosperidad, no sólo espiritual, sino temporal, para la nueva Colonia es la *Obra de los huérfanos agrícolas* que á favor de niños y familias pobres, y bajo la direccion de la Congregacion Celestina de san Benito, está próxima á establecerse en la Nueva-Francia. Cada establecimiento que en la Colonia funden los Padres de dicha Congregacion será dotado con 1,000 hectáreas de terreno colonial. Además, el Marqués de Rays cedió á la *Obra* 50,000 hectáreas, y al crecimiento y desarrollo de la misma está destinado el producto de su venta, pagándose actualmente á 60 pesetas cada hectárea, comprendida la explotacion y cultivo. Para más datos y suscripciones dirigirse al Director de esta Revista.

sentia en que se visasen los pasaportes: nosotros compartíamos sus opiniones: el mandarin se meneaba sin cesar, agitaba su plumaje, contemplaba su pipa, y de vez en cuando sus dedos mostraban al Padre tal ó cual frase de la orden de Pekin. No considero necesario explicar las razones que nos movian á ventilar de esta manera una cuestion á primera vista indiferente. Ello es que ofrecia bastantes complicaciones, cuando el mandarin con toda su elocuencia sólo pudo obtener una pequeña concesion: la de permitírsele copiar algunas letras de uno de nuestros pasaportes, y acaso todavía le concedimos demasiado, por cuanto el hombre pareció quedar muy satisfecho.

Sea lo que fuere, inmediatamente despues, dejando á nuestro enfermo bajo el cuidado de un compañero, subimos á casa del Padre con objeto de aguardar la hora en que podríamos decir la misa en esta hermosa fiesta de san José. No bien estuvimos en ella, cuando nos anunciaron nuevamente la llegada de un mandarin. Esta vez era un funcionario de menor categoría, que en nombre de sus colegas de la ciudad venia á darnos las gracias y traernos presentes por la dicha que les habíamos ocasionado con exhibirles un pasaporte. De nuevo tenemos mogigangas; circulan las pipas: despues al mandarin, que ya nos habia mandado dos gallinas, dos patos, una enorme pierna de carnero y gran cantidad de fideos del país, se le ocurre que para acabar de ponernos contentos bastaba obsequiarnos con aguardiente (de China, por supuesto). Dicho y hecho: en pocos minutos uno de sus criados va y viene, trayendo como litro y medio de esa repugnante droga, cuyo solo olor es capaz de poner rabiosos á cuantos perros hay en Francia. ¡Si por lo menos el bueno del funcionario se hubiese contentado con ofrecernos su licor! pero no; fué preciso beber y chocar los vasos á la chinesca. Eran en punto las doce menos cuarto de la noche. El Padre nos decia:

—No rehusen Vds., ó cuando menos finjan beber.

Y el mandarin echa que echa, añadiendo con aire de mucha cortesía:

—Vamos; sin duda por urbanidad ó por timidez no se deciden Vds. á repetir; pero estoy seguro que encuentran mi licor excelente.

¡Por vida de Barrabás!

Con todo llegó un momento en que, quieras que no, fué preciso terminar. Sonó la media noche, y queríamos decir la misa: algunos minutos despues precisamente vino el cuarto de hora más crítico. El Padre habia salido; habíamos quedado solos con el mandarin, que se disponia á partir. Pues bien, es costumbre en China, cuando se ha bebido en compañía, saludarse recíprocamente con el vaso vacío, so pena de ofender á quien paga. Mas nuestros vasos se habian llenado paulatinamente y no podian vaciarse. Hé aquí, pues, á nuestro hombre que se acerca y nos saluda con su vaso enteramente vacío... ¿Qué hacer? Beber no podíamos nosotros, pues eran más de las doce; por otra parte sólo el olor nos revolvía el estómago. Tampoco podíamos hacer un feo al mandarin, y para salir de apuros fingimos no comprender la ceremonia, y nuestros vasos permanecieron llenos sobre la mesa. Creo estuvo muy lejos de tomarlo á mal, en gracia á nuestra calidad de extranjeros, despidiéndose como buenos amigos.

El resto de la noche se dijeron las misas, y á eso de las seis de la mañana estábamos en nuestra barca muertos de sueño.

28 de Marzo.

Es el día solemne de Pascua... Estoy solo en la barca cuidando á mi compañero: los demás partieron ayer tarde, y han tenido que hacer de diez á doce leguas de camino durante la noche, para ir á celebrar la fiesta en casa de un misionero. Por mi parte he dicho misa y he dado la Comunión á mi enfermo... ¡En qué soledad tan completa y triste nos encontrábamos! Hay instantes en que la flaqueza humana se sobrepone: cuando iba á dar gracias caí en una congoja tal que me ha sido imposible hacer nada bueno: me he echado sobre la cama y... pero ¿á qué hablar de mi aprendizaje en la vida de misionero? Por lo demás, este momento de sensibilidad no ha durado; la nube cargada se ha disipado; ha vuelto el valor, y con él la alegría. Mi compañero estaba mejor; púseme delante de él á cantar el *alleluia*. Al amanecer he tomado mi libro entonando el *Hæc dies*, el *Victimæ paschali laudes*... ¡Era cosa de ver y sobre todo de oír! Despues me he revestido con los hábitos de gran ceremonial.

A las siete llamo al cocinero.

—¡Hombre! le digo. ¿No vamos á tener hoy un poco de *gaudeamus*?

Cinco minutos despues hubiera V. visto cómo me zampaba un par de huevos, dos pastillas de chocolate, cuatro tazas de té, y para remate un vasito de vino francés, que he bebido á la salud de mi buen enfermo. Jamás había visto una fiesta semejante en la barca. Estaba orgulloso de mí mismo y sobre todo de mi almuerzo!

29 de Marzo.

Mis compañeros, que partieron el sábado, no han vuelto todavía el lunes por la noche; estoy completamente solo. No sé lo que estarán haciendo: alguna razón tendrán para estar ausentes tanto tiempo. Mi enfermo descansa... No tengo ni un libro en que ocuparme: salir ¡es imposible! Tengo que velar á mi compañero. ¡Si por lo menos pudiese mirar á mis anchas por las ventanas!... pero mis ojos de sacerdote, de cristiano, de simple hombre de bien no pueden detenerse sin horror en la ribera. ¡China mia! ¡mi querida China! ¿Cuándo pensarás también por tu parte en celebrar la fiesta de Pascua?

¿Conoce V. el olor del opio? Si hubiese estado en mi junco dos horas solamente, conservaría V. del opio un recuerdo imperecedero. ¡A cuántos infelices mata esta pasión fatal! Si, son muchos los fumadores de opio. Se les conoce á cincuenta pasos por su aspecto atontado, su palidez de rostro y un temblor convulsivo de todo su cuerpo. Empléanse un mes en un trabajo de perros, capaz de matar á diez europeos, para ganar la mezquindad de cinco francos, y este dinero se lo fuman en algunas pipadas, porque el opio se vende aquí á precio de oro.

Casi todos nuestros barqueros fuman más ó menos, y comen sus céntimos antes de haberlos ganado. El patron de la barca fuma también. Más de una vez he recapacitado todo cuanto sabía de la lengua china para decirle que era un súcio, un imbécil; pero él, sonriendo bestialmente, sólo sabía contestarme: ¡*Hao!* ¡*hao!* « ¡Esto es muy bueno! ¡muy bueno!»

Los mandarines no se han atrevido á imponernos soldados en nuestra barca, pero han querido cumplir con las órdenes que tenían: dos satélites nos siguen por todas partes, ya marchando por la orilla, ya navegando en una barquita junto á nosotros. Estos hombres deben adelantarse un poco al aproximarnos á las ciudades, y anunciar nuestra llegada al mandarín. Estos últimos días se atrasaron, y como hubiesen llegado despues que nosotros, fueron metidos en la cárcel.

Hace unos quince días nos hallamos en el Su-tchuen, ocupado por los Padres de nuestra Sociedad, quienes están escalonados á lo largo del río. Cada dos días poco más ó menos encontramos alguno de ellos. ¡Cuán contentos están de hablar un poco con nosotros! Algunas veces por desgracia suelen mezclar sin advertirlo el chino con su lengua materna, y entonces ya no les entendemos.

30 de Marzo.

Mis compañeros regresaron anoche. Ni ganas siquiera he tenido de quejarme con ellos, pues lo han pasado peor que yo. El Padre francés á cuya casa iban estaba ausente. Además les han tenido engañados respecto á nuestra barca, pues ésta hacia tiempo que había pasado de la ciudad, cuando aún la creían muy distante.

Creemos llegar á Tchong-kin-fu dentro dos días. ¡Ah! No veo la hora de llegar allí, porque en aquel punto tendré nuevas de Vds., si, como espero, me han escrito en el mes de Diciembre último. ¡Casi seis meses hace que nada sé!

4 de Abril.

Gracias á Dios, esto ha concluido: dejamos el Río-Azul.

Nos hemos despedido de nuestra barca: me alojo en la morada del Ilmo. Desflèches, obispo del Su-tchuen oriental. Los últimos días de nuestro viaje han sido muy felices: teníamos el viento favorable, y nos hemos deslizado con velocidad. En Tchong-kin, donde me encuentro en este momento, nos aguardaban varios misioneros, que nos han acogido con admirable cordialidad.

Al llegar aquí toda nuestra gran tarea eran las cartas, las noticias de nuestra patria. Por mi parte tenía seis, procedentes de diversos puntos.

La de Vds., ¡oh! ¡la de Vds.! ¡cuánto he llorado al leerla! Sí, ciertamente, me parecía estar respirando el aire de mi país... ¡Si supieran lo que es estar seis meses sin noticias!

UNA VISITA Á SAN ANTONIO DE SOGNO

(CONGO).

II.

Desde la víspera el rey había hecho anunciar mi visita á las «gentes de la iglesia (1).» Algunos de ellos, junto con el negro que hace las veces de sacerdote, vinieron á mi encuentro hasta la villa del rey. Los demás me aguardaban á la puerta de la iglesia, y así que me vieron echaron á vuelo la campana. ¡Seas mil veces bendita, querida campana, abandonada tantos años en poder de los paganos! Nada queda de los pueblos cristianos que te han visto, ni de los apóstoles que evangelizaron esas na-

(1) Sobrenombre de una parte de los habitantes de San-Antonio. (V. pág. 198).

ciones: únicamente tu voz no ha enmudecido y nos recuerda un pasado glorioso.

Esta campana tiene excelente sonido, y está perfectamente conservada: aparece suspendida á un fuerte travesaño, que descansa sobre dos postes de un metro y medio de altura próximamente, y algunos bejucos del país, que pasan por sus dos anillos, la mantienen sujeta al travesaño. En su contorno léense las siguientes palabras: *Si Deus pro nobis, quis contra nos?* Esta inscripcion y dos viejos cañones que hay á algunos metros de distancia, en un sitio que debía ser la entrada de la grande avenida de la Mision, dejan comprender que los antiguos misioneros no estaban del todo libres de la mala voluntad de los indígenas. Léese además en la campana el año en que fué fundida: 1700. Su peso será de 40 á 50 kilogramos.

La iglesia no dista de la campana sino 10 ó 15 metros. Pedí para entrar, y al momento fuéron á buscar la llave. Así que el guardian me introdujo en ella quedé sorprendido y lleno de emocion, pues no podía sospechar tanto celo é industria de parte de pobres negros, abandonados á sí mismos durante tantos años.

El edificio puede tener poco más ó menos 10 metros de longitud por 5 de ancho. El suelo está limpio, aunque sin enlosado ni tarima, y el techo, si bien cubierto de paja, es bastante sólido y conveniente. Tiene dos puertas, una en la pared delantera que remata en punta, á la entrada de la iglesia, y otra al lado derecho. A unos dos metros de la puerta lateral, en direccion al santuario, elévase un lienzo de pared destinado á separar aquel de la sacristía, la que de este modo encuéntrase en el fondo del edificio. Esta pared tiene 2 metros escasos de elevacion, y no llega á las paredes laterales de la iglesia, quedando á cada extremo un espacio de 1 metro próximamente, destinado para puertas por las cuales se entra en la sacristía: ésta puede tener 5 metros de largo por 2 de ancho, y recibe luz por dos ventanillas cerradas con trozos de tabla.

Contra la pared del muro interior que da frente á la nave de la iglesia está adosado una especie de altar. Encima de éste y de los objetos sagrados que en él se guardan, hay suspendido en la bóveda un ancho lienzo de modo que reciba todo lo que pueda caer, como polvo, resíduos, etc. Cuando se levantan los primeros velos, vese en seguida la tarima del altar recubierta de un *loango*, estera muy comun en el país. Luego, sobre la parte que representa la mesa de altar (cuya altura excede poco más de medio metro á la de la tarima) hay seis candeleros de madera negra, la mayor parte bien conservados. Sobre la grada de encima del altar descansa un Crucifijo de madera, de 1 metro próximamente de alto, asimismo bien conservado, y á cada lado dos imágenes, una de la santísima Virgen y otra de san Antonio de Padua, tambien de madera y de tamaño casi natural. La corona de la imagen de la santísima Virgen parece de plata. De esta Imágen sólo se ve la cabeza, por lo demás muy bella y en buen estado, pues el resto del cuerpo está cubierto de ropaje, á la manera de ciertas imágenes portuguesas. La de san Antonio parece mucho más antigua, y le representa teniendo el Niño Jesús entre sus brazos. La cabeza, aunque horriblemente desfigurada por el tiempo y mutilada por los insectos, puede ser aún reconocida, y

está adornada de una corona de plata. La cabeza del divino Infante aparece tan agujereada y acribillada por los insectos, que semeja una esponja. Con trabajo se perciben sus contornos, y no trae corona.

Al rededor de esta Imágen habia tal cantidad de telas que sospeché si seria efecto de alguna supersticion. Reconvine al guardian de la iglesia, y empecé á separar algunas de aquellas piezas. Las habia de todos tamaños y colores, algunas de gran valor, y la mayor parte ordinarias. Son mercancías que los negros piden á los negociantes para el adorno de su iglesia. Estaban unidas unas á otras, y algunas fijas á la pared con alfileres de madera. Habia ya desprendido unas cincuenta, cuando me hicieron observar que, si proseguia en mi tarea, me exponia á ver la Imágen caer hecha pedazos. La palpé y removí un poco, y entonces comprendí que se habian amontonado tantas piezas con objeto de sostener y conservar aquella preciosa reliquia del pasado.

Entre esas dos Imágenes vense tambien algunas otras más pequeñas de la santísima Virgen y de los Santos. Además del Crucifijo de que he hablado, hay otros cinco de menor tamaño, uno de ellos de plata maciza y muy hermoso. El árbol de la cruz, redondo y esculpido, es de estilo ojival. El zócalo lo forma una especie de campana redonda de bronce.

No son menos notables un incensario y una naveta, tambien de plata maciza. Los negros no olvidan poner de vez en cuando algunas brasas en el incensario, y en la naveta una especie de resina transparente, simulando bastante bien el incienso, pero sin olor. La cucharita es tambien del mismo metal que el incensario.

Entre dichos objetos hay tambien varias campanillas que sirven cada vez que el pueblo se reúne en la capilla para orar y cantar himnos. Una especie de mortero de bronce, con agua hasta la mitad, hace veces de acetre. El sacerdote negro, al despedir al pueblo terminadas las ceremonias, moja el dedo en esa agua, y rocia con ella á la multitud.

Despues de haber examinado todas esas cosas dirigí algunas palabras á aquellos buenos negros. Expúseles brevemente la significacion de las cruces, imágenes, etc.; les felicité por haberlas conservado con tanto esmero, y exhortéles á guardarlas aún con mayor respeto, decencia y limpieza. Invitéles á reunirse con frecuencia en la iglesia para adorar á Dios y pedirle sacerdotes, de los que se veian privados desde largo tiempo.

Todo el mundo se lamentaba de la falta de lluvia, y en la persuasion de que el *Ganga nزامbiampongu* todo lo podia para con Dios, reclamóse mi intervencion para obtenerla. Entonces les expliqué que la falta de lluvia y las demás calamidades públicas á menudo no son sino castigos del Señor irritado por los crímenes de los hombres; y que si querian alcanzar la deseada lluvia debian pedir perdon á Dios de sus pecados, suplicarle tuviese piedad de ellos, y sobre todo procurar no volver á ofenderle.

En el acto arrodillase la multitud, levanta las manos al cielo, y repite conmigo las oraciones que recito lentamente y en alta voz. A la conclusion del *Padre nuestro*, del *Ave Maria*, del *Credo*, de los actos de fe, esperanza, caridad y contricion, todos responden: «Amen, Jesús.» ¡Tiernísimo espectáculo encontrar, despues de tantos

años de abandono, un pueblo todavía cristiano, á lo menos exteriormente, y que sabe aún orar! Evidentemente sólo le falta á ese pobre rebaño un pastor que lo conduzca de nuevo á los caminos de salvacion. Híceles rezar ó cantar todo lo que sabian tocante á oraciones y cantos sagrados, á fin, les dije, de que pudiera hacerme cargo de todos sus actos religiosos, y corregir lo que hubiere de defectuoso en ellos. ¡Cosa extraordinaria! la multitud que llena la iglesia arrodillase religiosamente en el suelo, juntas las manos, y con un aire de piedad conmovedora que quisiéramos encontrar siempre en todos nuestros países católicos. El negro que llena las funciones de sacerdote arrodillase en la tarima del altar, en medio de otros dos negros que le sirven de monaguillos. Hace la señal de la cruz y con él toda la asistencia, y luego reza las oraciones, por desgracia algo truncadas. La multitud le acompaña, y responde al fin de cada oracion: «Amen, Jesús.» Terminadas las oraciones, uno de dichos monaguillos toma dos campanillas del altar, entrega una al celebrante y guarda la otra. Este entona desde luego los cánticos, todos en lengua del país, entremezclados con muchas palabras portuguesas é italianas. El sacerdote canta las dos primeras palabras de cada copla, y luego le acompañan todos. La melodía es dulce y sencilla, y perfectamente apropiada á la oracion. Las dos campanillas sostienen las voces y regulan la cadencia y las pausas. Estos cantos duran mucho más tiempo que la oracion vocal, y cuando concluyen uno, vuelven á empezar lo, sin que lo note siquiera el que no entiende la lengua. Así no es la extension de las piezas de música la que determina la duracion del oficio, sino el mayor ó menor fervor del clero y de los fieles. ¡Encantadora sencillez la de esos pueblos! Sin sospecharlo, encuéntranse en perfecta armonía con la santa Iglesia, que nunca se cansa de repetir las mismas oraciones.

El Sr. Neves, que comprende y habla perfectamente la lengua fiota, me dijo que en sus cantos esos pobres negros tributan todavía alabanzas á Dios, á quien no conocen sino muy imperfectamente, lo mismo que á su santísima Madre, san Pedro y san Pablo, san Antonio, san Miguel, etc. ¡Dichoso el misionero que podrá enseñarles de nuevo á conocer al Dios desconocido!

Después de tan conmovedora ceremonia pasé á la sacristía. Una especie de viejo armario está adosado á la pared que la separa del resto de la capilla. En vano buscaríanse allí cerraduras, charnelas ó cualquier otro objeto de hierro, pues el tiempo lo ha destruido todo, y las puertas están sostenidas con bejucos. Dos tablas polvorientas y carcomidas forman en el interior una especie de anaquel. Sobre este mueble, que seguramente sirvió en otro tiempo para preparar los ornamentos correspondientes á la celebracion del santo Sacrificio, encontré dos imagencitas de yeso representando al Niño Jesús. Probablemente á causa de que no están vestidas con telas no las exponian los negros en el altar. Sobre el mismo mueble habia tambien restos de un antiguo misal, formando un conjunto de hojas pegadas unas á otras, á causa de que hacia muchos años que nadie lo tocaba. Si se procura abrirlo, encuéntranse las páginas enteras perfectamente legibles. Las rúbricas están en color rojo; el tipo es muy claro, y el papel fuerte y hermoso. El armario contiene otro misal semejante al primero.

En el mismo lugar descubrí tambien tres baldosas de mármol que por su forma juzgué al pronto que serian aras; mas no advertí en ellas el menor vestigio de sepulcro. Otra que vi después de examinar las primeras, y que es algo más pequeña y de forma casi cuadrada, es un ara verdadera, pues tiene perfectamente conservado el sepulcro que se practicó en el centro de la piedra, y que está cubierto con una pequeña placa tambien de mármol, sellada en la abertura. Limpiéla cuidadosamente del polvo que la cubria, y envolviéndola en una pieza de tela encomendéla encarecidamente al guardian de la capilla, encerrándola en el armario, lo mismo que las restantes piedras y el misal.

Guárdase en la capilla un cáliz de plata, pero por desgracia se ha perdido la patena.

Habia terminado mi visita á la iglesia, en la que entré por la puerta lateral y salí por la principal. A pocos metros de esta última encontré una hermosa cruz de madera, recuerdo de la gran cruz que se elevaba en otro tiempo en el centro de la plaza principal de la ciudad de Sogno.

La actual capilla es la tercera que se construyó en aquel lugar. Muy cerca de ella vense las ruinas de la que la habia precedido (véase el grabado de la pág. 329). Quedan todavía lienzos de pared, tambien de tapias, que revelan que la última iglesia ha sido construida segun el plan de la antigua. De la primera iglesia, construida por los misioneros, sólo he encontrado el emplazamiento, notable tambien por los restos de tapias de arcilla.

CRÓNICA.

Noruega.—El Ilmo. Bernard, prefecto apostólico de Noruega, escribe desde Cristianía:

«Me cabe la satisfaccion de poder comunicaros que en el año 1880 se han realizado consoladores progresos. En nuestras diversas estaciones ha habido unas cincuenta conversiones. Hase aumentado el personal de la prefectura apostólica con una pequeña Comunidad de misioneros de la Saleta, establecida en Trondhjem, y se ha bendecido y abierto al culto la iglesia del Sagrado Corazon. Adquieren creciente desarrollo las estaciones de Hammerfest (Laponia), de Tromsø y de Alten. La de Frederikstadt, creada recientemente y colocada bajo la direccion de un misionero noruego, el Rdo. Kjelsberg, prosigue contando nuevas conversiones, y pronto tendremos que establecer allí una iglesia con presbiterio y escuela. Frederickshald, favorecida con una Mision particular, ha hecho tambien notables progresos. En Cristianía, la capital, y en Bergen, la segunda ciudad del reino, las iglesias de San Olavo y San Pablo son muy frecuentadas, y en la capital principalmente multiplicanse cada año los retornos al Catolicismo. A las Hermanas de San José, que se han hecho muy populares, se las alienta en su propósito de abrir un pequeño hospital. Este año debemos agradecer á la divina Providencia que haya movido al Gobierno á ampliar las libertades religiosas y á dar una nueva prueba de su espíritu de equidad para con todos sus súbditos.

«Las Misiones escandinavas acaban de verse honradas con la visita del Ilmo. Mermillod, vicario apostólico de Ginebra. El eminente Prelado, después de permanecer tres semanas en Estocolmo, se ha dignado visitar y ha pronunciado en dicha iglesia de San Olavo un elocuente sermón. Desde allí ha bendecido á nuestros misioneros, de Frederickstadt, de Frederickshald y de Gotenburgo, y ha pasado por Dinamarca de regreso á Francia. Las poblaciones escandinavas conservarán mucho tiempo el recuerdo de esta visita del ilustre Obispo.»

Sobre la estancia del Ilmo. Mermillod en Estocolmo *La Voce della verità* publica los siguientes párrafos de una correspondencia particular procedente de la misma ciudad:

«El ilustre Prelado salió de Estocolmo el día 15. Su incontrastable

persuasion y elegante palabra han causado la admiración de los mismos protestantes, que han ido á oírle en gran número. El tema de la última conferencia ha sido este: *¿Jesucristo ha fundado una Iglesia única ó una Iglesia dividida en varias sectas?* Creo que nunca el ilustre Obispo ha hablado con tanta autoridad y dulzura como en esta circunstancia. Estaba penetrado de una viva emoción; parecía que las ideas se agolpaban á su mente, y que su palabra, á pesar de la prontitud y facilidad que le distingue, no bastaba á manifestarlas.

«Apareció verdaderamente sublime cuando demostró la unidad en la Iglesia fundada por Jesucristo, y cómo esta Iglesia una es la Iglesia católica. Estuvo conmovedor, recordando la manera que tuvo de romperse en el siglo XVI esta divina unidad por parte de los protestantes. Al llegar á este punto muchos ojos se vieron inundados de lágrimas.

«¡Plegue á Dios que esas lágrimas hayan ido á parar á los corazones para convertirlos! No puedo determinar los frutos que ha recogido aquí el piadoso Obispo; pero sé que ha planteado y resuelto problemas tales, que han conmovido grandemente los entendimientos y excitádoles á buscar la verdad. También sé que esas palabras han sido una semilla que, fecundada por Dios, germinará espléndidamente.

«Me preguntará V. cómo puedo presumirlo así. Pues voy á decirse-lo. Por las muestras sinceras de simpatía y respeto que los disidentes mismos han dado al venerable Prelado, y por el vivísimo interés que han puesto en escucharle.

«Referiré dos anécdotas. Después de las conferencias sobre la Iglesia, un ministro protestante que estaba entre los oyentes se puso en pie para felicitar públicamente al ilustre orador. Otro protestante, aunque seglar, antiguo oficial de marina, fué á visitar á S. I. para mostrarle algunas notas recogidas por una de sus hijas sobre la misma conferencia, añadiendo que sentía mucho que sus años no le permitiesen retener en la memoria todos los útiles y grandes pensamientos que había oído exponer.

«Nada digo de las numerosas visitas que hacían continuamente á S. I. catedráticos de la Universidad y Pastores protestantes, para pedirle aclaraciones, luces y explicaciones.

«Termino diciendo que, al partir para Upsal el ilustre Prelado, ha sido en la estación objeto de una verdadera ovación por parte de una muchedumbre considerable perteneciente á diversos cultos.»

«Estas noticias son confirmadas por un periódico protestante, en que leemos las siguientes palabras:

«El Ilmo. Mermillod ha despertado aquí, como en París y donde quiera que ha predicado, un gran entusiasmo aún entre los que no profesan su doctrina. La iglesia católica de Estocolmo, que no es pequeña, estaba llena de un escogido auditorio.»

— El Ilmo. Gaspar Mermillod (pág. 336) nació en Carouge, cerca de Ginebra, en 1824. Desde muy joven se consagró á la Iglesia, y apenas recibió las órdenes sagradas, comenzó á distinguirse por sus grandes dotes oratorias, que le granjearon universales simpatías en Suiza y en Francia.

En 1864 fué llamado á apacentar la católica grey de Ginebra; y después el Ilmo. Marilley, obispo de Lausana, le nombró su Vicario general, recibiendo al propio tiempo de Pío IX el título de Obispo de Hebron *in partibus infidelium*.

Con este título asistió al concilio Vaticano, donde defendió valerosamente la infalibilidad pontificia. Los sermones que en diversas iglesias de Roma predicó durante la celebración del Concilio fueron notabilísimos, distinguiéndose aún más que por su ardiente elocuencia, por la pureza de sus doctrinas y por el valor y entereza de sus ataques á la revolución moderna.

De vuelta á Ginebra no tardó en hallarse rodeado de sectarios que á todo trance querían impedirle el ejercicio de su sagrado ministerio. El Consejo de Estado de Ginebra, formado de masones, tomó parte en la persecución, y declaró que no reconocía la autoridad del Prelado, por carecer de la sanción civil y ejercer la jurisdicción eclesiástica sin otro título que el que le había dado el Obispo de Lausana. El ilustrísimo Mermillod, sin atender para nada esta declaración, emanada de un poder extraño á su ministerio y enemigo de la Iglesia, continuó ejerciendo sus funciones como Vicario del Ilmo. Marilley; pero el Consejo de Estado rompió con él toda relación, y puso al Prelado fuera de la ley.

El 16 de Enero de 1873 Pío IX, de inmortal memoria, dió un Breve por el cual el territorio de Ginebra quedaba separado del de Lausana, y confió la nueva jurisdicción creada al valeroso Sr. Mermillod, como premio de sus servicios á la Iglesia. Ante este hecho parece que debería haberse estrellado la persecución del Consejo; pero no fué así: más terrible que nunca declaró nula la decisión del Papa, y con acuer-

do del Consejo federal expulsó del territorio de la libre Suiza al denodado defensor de las libertades de la Iglesia.

Desde esta fecha (17 de Febrero de 1873) el Ilmo. Mermillod vive desterrado, empleándose en todo género de apostolados. Es un azote contra la tiranía de los modernos tiempos, y un defensor acérrimo de la verdadera libertad de los pueblos. Expulsado de su patria, vive errante como el peregrino y como el apóstol, de santuario en santuario y de combate en combate, haciendo fecundas sus persecuciones y desgracias.

Holanda.— El *Weeklad* de Venloo (Limburgo holandés) da el relato de una ceremonia que ha regocijado grandemente á los católicos de esa ciudad. En ella los Dominicos han fundado un colegio bajo el patrocinio del B. Alberto el Grande. Entre los edificios que ocupan cuéntase una iglesia abandonada, que lo menos un siglo há no servía para el culto. Después de hacerla restaurar, los religiosos han suplicado al ilustrísimo Obispo de Ruremonde que la consagrase. A pesar de su avanzada edad (86 años), el Ilmo. Paradis aceptó la invitación. Las calles aparecieron adornadas con guirnaldas de flores y oriflamas, y toda la población estaba de fiesta. El provincial de los Dominicos de Alemania y gran número de sacerdotes de los alrededores reuniéronse en Venloo para asistir á la interesante ceremonia.

— Eclesiásticamente considerado el reino de Holanda divídese en cinco diócesis, que son: Utrecht (arzobispado), Bois-le-Duc, Breda, Harlem y Ruremonde, sedes sufragáneas. La población católica es de 1.300.000 almas.

La secta jansenista, que hasta nuestros días ha conservado su antigua jerarquía, cuenta tres pequeñísimas diócesis: Utrecht, de la cual el arzobispo es un tal Heykamp; Harlem y Deventer. El arzobispo jansenista no cuenta más que diez y seis parroquias con 3,450 adeptos: el obispado de Harlem comprende nueve parroquias con 2,536 almas: en Deventer la diócesis y la parroquia son una misma cosa, y su obispo, Diependaal, es el solo presbítero. La subvención anual pagada por el Estado al clero jansenista es de 13,280 florines (26,600 pesetas).

Pondichery (Indostan).— El Rdo. Ligeon, de las Misiones extranjeras, provicario apostólico, escribía el 24 de Abril último:

«Tendría suma complacencia en que vuestros lectores viniesen conmigo á visitar el convento del Buen-Socorro. Cuenta treinta y seis religiosas indígenas que siguen la Regla de la Tercera Orden de san Francisco, quienes recogen y cuidan los niños huérfanos ó abandonados. Además dirigen una comunidad de arrepentidas, y están encargadas de dos hospitales, uno para varones y otro para mujeres. Son las Hijas de la Caridad de la Misión de Pondichery. El convento de nuestras Hermanas es reducido y sin ventilación. Algunas habitaciones, adquiridas con grandes gastos y rodeadas de un pequeño muro, forman la Casa-matriz. Falta un dormitorio, una sala de ejercicios, un refectorio y un patio para la recreación. Para obtener tantas cosas una sola bastaría: un poco de dinero. Antes de la grande hambre teníamos nuestro pequeño tesoro destinado á este fin. Mas cuando las Hermanas vieron á su alrededor sufrimientos superiores á los suyos, las 3,000 rupias del porvenir sirvieron para aliviar el presente. En vez de albañiles llamé á los hambrientos. Estos viven aún, mas aquellas que les alimentaron están sufriendo. Con unas 10,000 pesetas las Hermanas que cuidan á los enfermos podrían conservar la salud, que es tan necesaria á los que se exponen á morir. El soldado bien dispuesto no teme el campo de batalla; si es débil, por el contrario, encuentra las armas pesadas.»

China.— Leemos en el *North-China Herald*, periódico inglés que se publica en Shang-hai:

«Acabamos de saber el fallecimiento de la emperatriz oriental de la China. No es conocida la causa de su muerte súbita é inesperada; pero ha sido probablemente una enfermedad de corazón. La princesa sólo estuvo enferma breves horas, y dió el postrer suspiro el 8 de Abril.

«A causa del mal estado de salud de la emperatriz occidental, que se ha visto varias veces á las puertas de la muerte, la emperatriz oriental estaba sola al frente de los negocios. Esta era la primera mujer, y aquella la segunda del difunto emperador Hien-fong (1851-1862). Ambas fueron nombradas regentes durante la minoría del joven príncipe Tong-tché, y de nuevo, en 1875, al advenimiento de Kuang-su, el emperador actual, que cuenta ahora de ocho á nueve años. Ignórase generalmente, por lo menos en el extranjero, que ambas princesas viudas intervenían realmente en los negocios del Imperio. Será curioso observar cuántos cambios va á traer la muerte de la emperatriz

oriental. Solamente nos atrevemos á esperar que las complicaciones que amenazan no terminarán con un golpe de Estado parecido al que ensangrentó el primer año del reinado de Tong-tché, cuando los príncipes J. y Ching fueron estrangulados y Su-shuen decapitado en la plaza pública.»

El mismo periódico publica un extracto del testamento de la soberana.

«Tengo la edad de cuarenta y cinco años, y durante veinte he sido una madre para el Imperio. Con frecuencia he contribuido á las prosperidades del país, y de vez en cuando se me han otorgado algunos títulos. Mi único pensamiento es para el emperador, que va á conocer por primera vez lo que es la pérdida de una madre, la que le causará gran sentimiento. Empero la persona del emperador está enlazada con todo el Imperio, y por lo tanto debe desechar la tristeza todo lo posible, ocuparse de los asuntos del Estado y consolar el corazón maternal de la emperatriz sobreviviente. Las autoridades civiles y militares se apresurarán á cumplir cuidadosamente los deberes de su cargo, contribuyendo así á la perfección del gobierno del Imperio. Mi espíritu y la emperatriz sobreviviente se regocijarán realmente con ello.

«En cuanto al luto, el emperador deberá, conforme á la antigua costumbre, llevarlo sólo veinte días. No se olvidarán los grandes sacrificios ni se omitirán las pequeñas ceremonias. En el palacio era yo más económica que los demás y menos lujosa en mi compostura. Las ceremonias fúnebres son prescritas por los ritos imperiales, y no pueden por lo tanto ser suprimidas: podráse, sin embargo, disminuir el número de adornos del cuerpo, lo que estará más en armonía con mis costumbres. Por tales motivos, pues, doy estas instrucciones que deben observarse.»

El decreto oficial anunciando la muerte de la emperatriz se expresa en los siguientes términos:

«...Nuestro dolor no conoce límites. Por el testamento de S. M. hemos recibido la orden de dejar el luto al cabo de veinte días; mas ciertamente nuestro corazón no puede consentir en ello, y según el rito solemne, vestiremos de blanco durante cien días, y continuaremos vistiendo de luto veinte y siete meses, á fin de mostrar un poco la inmensidad de nuestro dolor.

«En cuanto á las indicaciones que nos ha hecho S. M. de que procurásemos reprimir nuestra desesperación, siendo nuestro primer deber ocuparnos en los negocios del Estado y consolar á la emperatriz Tz'u-hsi-tuan-yu-k'ang-yi-chao-yu-chuang-ch'eng, que nos ha instruido y educado, ¿cómo nos atreveríamos á no obedecer respetuosamente?

«Todos los ritos y ceremonias propias al luto del Estado se harán cumplir respetuosa y cuidadosamente por Yi-tsung, príncipe de Tun; Yi-hsin, príncipe de Kong, etc.»

Islas Seychelles. — El P. Ambrosio, capuchino, procurador de la Misión de las Seychelles, escribe lo siguiente, que viene á ampliar lo que decíamos en la pág. 256:

«Nuestro venerable Obispo ha tenido un grave accidente durante su viaje de regreso á las Seychelles. Acometido en el mar Rojo de un ataque de apoplejía que, paralizándole de un lado, había quebrantado fuertemente su inteligencia, ha llegado moribundo á las Seychelles, en donde con tanto gozo era esperado, y han debido administrarle á toda prisa los últimos Sacramentos.

«Los especiales cuidados y la inteligencia de los médicos de los vapores habían detenido los progresos de la parálisis y devuelto al venerable enfermo el uso de sus miembros; pero su espíritu sólo tenía algunos momentos de lucidez. De uno á otro día creían todos verle dar el último suspiro. Los médicos de á bordo y los de las Seychelles afirmaban que el peligro era inminente y el mal incurable, pues estaban afectados á la vez el corazón y el cerebro. Ante la desgracia que les amenazaba, nuestros Padres, las Hermanas de San José de Cluny, los niños de las escuelas y todos los católicos rogaron á Dios que restituyese la salud á su Padre, y parece que sus ardientes y perseverantes votos han sido escuchados. No solamente el venerable Pastor no ha muerto, sino que de día en día su entendimiento recobra su lucidez, en términos que él mismo ha querido escribirme, y esto nos hace esperar en su completo restablecimiento. Este triste accidente nos ha obligado á enviar el P. Edmundo en calidad de vice-prefecto, nombrado por la sagrada Congregación de la Propaganda, para suplir al Obispo durante su enfermedad y luego aliviarle en los trabajos de su cargo pastoral, en bien de su salud y de sus días.

«En las Seychelles se ha recogido durante el año pasado 530 francos para la Obra de la propagación de la fe. Confiamos que los fieles reavivarán su celo y que los donativos serán en lo sucesivo más satisfactorios. Hace algunos años se nota entre nuestros insulares una sensible frialdad, no obstante los esfuerzos de nuestros Padres; debiendo atribuirse la causa á la miseria, que se hace sentir mucho en las Seychelles.»

Estas islas están situadas en el Océano indio entre el 3° y el 7° de latitud austral y entre el 53° y el 54° de longitud según el meridiano de París. Estando en el más completo abandono bajo el punto de vista religioso, la sagrada Congregación de la Propaganda las confió en 1853 al ministerio de los reverendos Padres Capuchinos y nombró prefecto de dicha Misión al P. Jeremías de Paglietta, de la Provincia de Nápoles, que la gobernó sabiamente con gran celo hasta

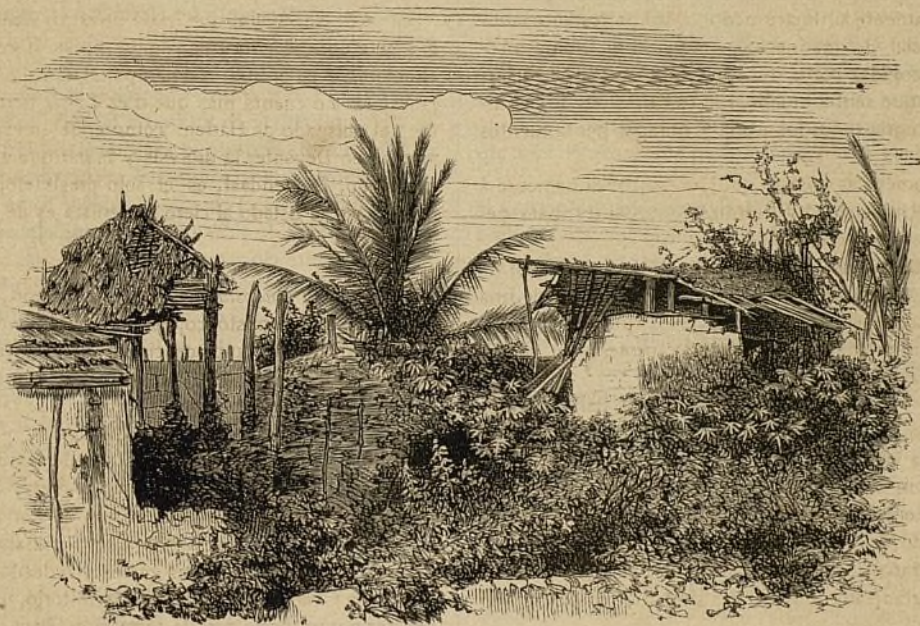
1864. En esa época la Propaganda creyó conveniente enviar allí los Capuchinos de la Provincia de Saboya, porque en las islas Seychelles hablase generalmente en francés.

Hé aquí algunos datos que prueban los rápidos progresos de la Misión bajo la dirección del P. Ignacio de Villafranca. En el orden material debe notarse la construcción de ocho iglesias en diversos puntos, cada una de las cuales mide 100 pies de largo por 30 ó 40 de ancho, y la fundación de numerosas escuelas para niños y niñas. En el orden espiritual las estadísticas arrojan gran número de bautismos de paganos adultos y de abjuraciones de protestantes. El número de Comuniones aumenta notablemente de año en año.

Estos hechos consuelan tanto más cuanto en 1853 la Misión de las Seychelles casi no contaba más que infieles y protestantes, mientras hoy de una población de 14,000 almas son católicas las ocho décimas partes, y las otras dos protestantes ó infieles. Estos últimos son pobres africanos capturados por los buques ingleses, encargados de impedir la trata de negros.

Canadá. — El P. de Kérangé, oblato de María Inmaculada, misionero del vicariato de Athabaska-Mackencia, escribe al Ilmo. Clut, de la Misión del Sagrado Corazón (fuerte Simpson):

«He pasado todo el verano á lo largo de los ríos y lagos para ver á los indios y buscar un obrero apto para construir nuestra capilla á San



CONGO. —Ruinas de la antigua iglesia de San Antonio. (Pág. 327).

Rafael. Los progresos espirituales entre nuestros fieles indios han sido poco sensibles, pero á lo menos perseveran en el bien cumplido, y tenemos la inmensa ventaja de no contar entre los nuestros un solo protestante. En San Pablo la cristiandad va mejorando poco á poco, gracias á Dios y tambien al celo del P. Lecomte. Este excelente Padre acaba de componer una obra importante, esto es, un diccionario de la lengua de los Salvajes Esclavos.

«Una india hace mañana su primera Comunión, y deberé tambien bautizar á dos adultos. La Mision dada á los blancos ha sido muy fructuosa. Cada tarde he visto lleno mi oratorio, y el domingo pasado tuvimos Comunión general.»

—Tambien el P. Lecorre escribe desde la Mision de la Providencia:

«Durante todo el verano he manejado la garlopa y la sierra para terminar la cocina, el establo y el mueblaje de una nueva sala destinada á los niños del convento. Aunque poco experto en el oficio, he logrado servir de algo en este concepto. Mientras tanto nuestros Hermanos apilaban el heno; las alumnas mayores de las Hermanas cortaban la cebada, y el H. Carour, exclusivamente encargado de la pesca, afanabase todos los dias, no sin gran trabajo, en coger una docena de peces con otras tantas redes esparcidas á grandes distancias. No han faltado, pues, como de ordinario, muchas fatigas; pero han sido suavizadas por la concordia, buena armonia y amor del deber.

«Desde la primavera, en que obtuve frutos bastante consoladores, apenas he visto á los salvajes. Nuestras familias católicas del Fuerte y de la Mision cumplen sus deberes religiosos; pero fuera de los ejercicios obligatorios del domingo, no manifiestan mucho fervor. El P. Ladet fué tambien á dar la vuelta por el pequeño lago con José, y han regresado al tercer dia con 84 ánades. El H. Carour aprovecha los momentos que tiene libres en ojear la caza. Hé aquí ya el quinto zorrillo que ha cogido en sus lazos en tres dias. Ha muerto tambien á un magnifico puerco-espín, presentándose con él muy ufano, casi tanto como lo estuvo con el oso negro que cazó en sus lazos el año anterior.

«El pasado verano ha sido en extremo riguroso con respecto á la temperatura y á los víveres. El termómetro centígrado ha bajado á 50°, y el carabao (ciervo de la América septentrional) ha desaparecido completamente de esta comarca.»

Estados-Unidos. — El baron de Woelmont refiere, en el relato de sus excursiones á los Estados-Unidos, que el nombre del P. de Smet, el ilustre apóstol de las Montañas-Berroqueñas, es todavia venerado entre los Pielas-Rojas. «En memoria del gran misionero Jesuita que le habia convertido, el célebre jefe de los siux, *Sitting Bull* (el Toro sentado), ha dado muchas veces libertad á prisioneros franceses y canadienses. El P. de Smet descansa en Florissant, pueblo del Missouri, á doce millas de San Luis. El cementerio encuéntrase al lado de la residencia de los misioneros: sobre una de las piedras sepulcrales léese esta sencilla inscripcion: *P. P.-J. Smet, nacido el 31 de Enero de 1801; falleció el 23 de Mayo de 1873.*»

— Con motivo de la consagracion del Ilmo. Manogue los periódicos de California han publicado varios rasgos que honran sobrenaturalmente al intrépido misionero, y hacen formar el más alto concepto de su energia y celo apostólico. Algunos de estos rasgos, referentes á la época en que ejercia su santo ministerio en los distritos mineros de Nevada, pintan al vivo las dificultades de carácter bien particular que encuentra el apóstol en la tierra del oro.

«El P. Manogue, dice un periódico protestante de San Francisco, tenia que acudir frecuentemente á los llamamientos de enfermos, que le obligaban á recorrer inmensos trayectos por caminos escarpados, cubiertos á veces de una densa nieve; pero nada era capaz de detenerlo, ni el rigor de la estacion, ni lo avanzado de la noche, ni la violencia de las tempestades.

«Una tarde fué llamado para administrar los Sacramentos á un moribundo junto al lago de las Pirámides: abundantes lluvias habian convertido la pradera por donde tenia que pasar en un inmenso estanque: su caballo hizo hincapié á la mitad del camino, y el misionero escapó de la muerte por milagro. En otra ocasion le llamaron para exhortar á un malhechor condenado á la horca: en el desempeño de su triste mision comprendió el Padre que el infeliz tenia antecedentes para merecer la clemencia de sus jueces: partió en seguida, y trepando por senderos inaccesibles, fué á encontrar al gobernador Nye, de quien obtuvo la orden de suspender la ejecucion, sin descansar luego hasta lograr con toda suerte de gestiones el indulto de su feligrés.

«El misionero iba con frecuencia á Walker-River y Aurora. Una noche, habiendo llegado muy tarde á la primera de estas localidades,

vióse obligado á pasarla sobre el suelo de la posada, entre media docena de carreteros ebrios y camorristas que blasfemaban á todo trapo. La tal gente ignoraba el carácter sagrado del nuevo huésped; pero habiéndolo entendido por casualidad la dueña del establecimiento, señora Johnson, no quiso permitir que un sacerdote permaneciese confundido con aquellos groseros personajes: al momento bajó su marido, y halló al misionero acostado en tierra, con la silla de su caballo por almohada, y sin abrigo alguno. Los dos esposos, felices con obsequiar á un ministro del Señor, se apresuraron á cederle su propia cama, para que se repusiera de las fatigas de la jornada.

«Otro dia fué llamado para asistir á una moribunda que tenia su morada á veinticinco millas de Austin. Al llegar á la casa designada fué detenido á la puerta por el marido, quien le declaró con juramentos y amenazándole con un revolver, que jamás Cura alguno penetraría en su casa. Despues de algunas pláticas, el incrédulo yacía en tierra, y el misionero, dueño del revolver, pudo dar á la moribunda los últimos consuelos de la Religión.

«El relato de sus expediciones apostólicas y de sus arriesgados viajes suministraria materia, dice el periódico americano, para formar un libro voluminoso.

«Arrancó de las manos del populacho furioso y salvó á más de un desventurado de las terribles aplicaciones de la ley de Lynch. Su popularidad entre los mineros era muy grande: cuando tuvieron lugar los disturbios entre éstos y los chinos, él fué quien redactó los términos de la avenencia acordada. Por fin, concluye la publicacion protestante, despues de diez y nueve años de una vida tan laboriosa, bien merecia el P. Manogue ser elevado á la dignidad eminente del episcopado.»

Uruguay (América meridional). — El Rdo. Angel Piccono, misionero salesiano, refiere en una carta fechada en la ciudad de Colon (Uruguay) la última parte de su viaje de Marsella á la América meridional:

«Partimos de la isla de San Vicente (archipiélago del Cabo Verde) la noche del 17 de Febrero, seguidos, como de costumbre, de una numerosa tropa de alciones, que acompañaban el buque de uno á otro puerto, durante cincuenta millas y aún más. El Oceano estaba muy tranquilo, el cielo cubierto de nubes, y el movimiento del buque era casi insensible; pero el calor empezaba á molestarnos, é iba en aumento á medida que nos acercábamos al ecuador. Tuve el consuelo de celebrar todos los dias la santa Misa.

«El 21 pasámos el ecuador, y con este motivo temia algunas bufonadas de parte de ciertos pasajeros; empero se nos dejó tranquilos.

«El buque, que mide 115 metros de longitud y 11 de ancho, surcaba el Oceano con una rapidez de 15 millas (28 kilómetros) por hora. Todos los dias encontrábamos, ó mejor se nos unian otros buques que tambien dirigíanse á la América del Sur, pero los dejábamos atrás, y al poco tiempo los perdíamos completamente de vista.

«El 22 oscureció el cielo, y este estado duró casi todo el dia; además á las cuatro de la tarde percibióse por la parte de Oriente, y adelantándose hácia nosotros, una trompa marina: disponíase los cañones para romperla, cuando tuvimos la satisfaccion de que repentinamente se disipara y resolviera en lluvia.

«El 1.º de Marzo á las nueve el agua empezó á cambiar de color, y trocóse en amarillenta y terrosa, señal evidente de que tomaban posesion del mar las ondas del rio de la Plata, y que entrábamos en la fonda, esto es, en el mar de poco fondo vecino de las costas americanas, cerca de Montevideo.

«En efecto, poco despues empezámos á ver tierra, lo que nos causó extraordinario gozo. El mar, en lucha con las aguas del Plata, mostróse alborotado hasta la tarde, en que recobró su calma habitual: al fuerte *pampero* sucedió una suave brisa de tierra; esclarecióse el cielo, y distinguieronse perfectamente las colinas americanas.

«Por fin á las dos de la tarde el buque echó el áncora en la rada de Montevideo, y como era el último dia de Carnaval, saludó á los buques vecinos y á la ciudad, mientras que en la plaza disparábanse cohetes y fuegos artificiales, saludando probablemente á la Cuaresma, en la cual íbamos á entrar.

«El dia siguiente, despues de celebrar una misa de accion de gracias, tuve el consuelo de estrechar la mano á Dom Mazzarello, quien vino á buscarnos á bordo. Desembarcámos para dirigirnos á nuestro Colegio de San Vicente, en donde se nos hizo un simpático recibimiento. La tarde de este mismo dia un catequista, en compañía de dos Hermanas, prosiguió en el mismo buque su viaje para Buenos-Aires, mientras que nosotros partíamos en ferrocarril para el Colegio Pio en la ciudad de Colon. Los jóvenes volvian entonces de vacaciones y nos aguardaban con su superior á la puerta del Colegio. Des-

pues de dar y recibir saludos, vítores y apretones de manos, entrámos en la iglesia, en donde se cantó un solemne *Te Deum*.»

Reunion.—El Ilmo. José Coldefy, obispo electo de San Dionisio de la Reunion, escribía recientemente:

«Los periódicos y muchas cartas particulares nos han traído, al día siguiente de mi nombramiento para la silla de San Dionisio, los desgarradores relatos de un espantoso huracán que devastó esa isla infortunada el día 21 de Enero último.

«Quizá nunca afligió á este país una calamidad mayor y que causara tan lamentables desastres. La colonia entera, escribe el respetable gobernador en su proclama de 26 de Enero, ha sufrido profundamente. Las iglesias sobre todo, que dominan por su elevación los edificios vecinos, han quedado gravemente averiadas y descubiertas por el huracán.

«Unas diez han quedado enteramente destruidas, siendo de este número la magnífica iglesia de San José, cuya primera piedra había sido bendecida por el eminente Cardenal-Arzbispo de Tolosa, que tuvo ocasión más adelante de consagrarla solemnemente.

«En Santa Susana el campanario ha caído sobre la iglesia, aplastando la tribuna, el órgano, la mayor parte de la nave y la sacristía, de suerte que no es posible celebrar ahora en ella el santo sacrificio.

«Lo mismo sucede en otras muchas localidades, en las que los fieles ven sus iglesias convertidas en ruinas.

«Los hospitales, esos asilos benditos por el pobre; las escuelas, en las que millares de niños reciben, con la instrucción, el beneficio aún más precioso de la educación cristiana y religiosa; los talleres, que proporcionan el pan de cada día á tantos operarios laboriosos, etc.; todos esos edificios han sufrido desperfectos más ó menos considerables.

«Las casas y sobre todo las cabañas, humildes moradas de las clases menos favorecidas de bienes de fortuna, unas han quedado completamente destruidas, y otras enteramente ó en parte destejadas. Una fuerte lluvia, que no cesó durante seis ó siete días, ha acabado de destruir ó empeorar lo que había perdonado el terrible ciclón. Desde tan triste día millares de infelices han quedado sin pan y sin asilo; la miseria reina casi por doquier.

«Tres horas bastaron para causar tantas ruinas y estragos.

«Mi corazón se ha conmovido al relato de tantas desventuras, y se me tardaba ver llegar el día en que el Sumo Pontífice me otorgara la institución canónica, no sólo para dirigir palabras de consuelo á mis diocesanos, si que tambien para hacer en su favor un caluroso llamamiento á todos los corazones caritativos de la madre patria.

«El Señor ha querido que el primer acto de mi vida episcopal, áun antes que el óleo santo ungiese mi cabeza, fuese una grande obra de caridad. Consolar al pobre y al desdichado, tal será el gozo de toda mi vida.»

NUEVA NURSIA.

TERCERA PARTE (1).

HISTORIA NATURAL.

CAPÍTULO I.—ZOOLOGÍA.

§ I.—Mamíferos.

Las diferencias observadas en la naturaleza del continente australico con respecto á las otras partes del mundo, encuéntrase tambien casi tan sorprendentes en el reino animal y en el vegetal. La Australia no posee ninguno de los grandes animales de la creación, pues no tiene el elefante (2), ni el rinoceronte, ni el hipopótamo; no conoce los leones ni los tigres, y los carnívoros son allí muy poco temibles y en corto número.

(1) Véanse la primera y segunda parte en el tomo anterior.

(2) El caballero G. Ratting descubrió en 1831, en una cavidad de rocas calcáreas, petrificaciones que el célebre Cuvier reconoció por huesos de elefantes jóvenes; pero nunca los exploradores de Australia, que la tienen recorrida al presente casi en todos sentidos, han encontrado uno solo de esos animales: puede, pues, creerse que aquellas osamentas fueron transportadas á Australia por las corrientes del diluvio universal.

El principal de entre ellos es el perro salvaje, llamado por los naturalistas *dingo* ó *durda* (*canis dingo*), y que más se parece al zorro que al perro de Europa. Su cuerpo alcanza ordinariamente dos piés de alto por dos y medio de largo. Tiene las orejas pequeñas y rectas, el hocico puntiagudo, la cola larga y muy poblada de pelo. El color de estos animales es comunmente moreno rojizo. No ladran como los perros, sino que óyeseles aullar con un tono lúgubre.

Como el zorro, el *dingo* junta no poca astucia á la rapacidad de su naturaleza salvaje. Tiende lazos á las ovejas y á las aves de corral, cógelas de un salto y las desangra por el cuello; mas si no puede llevarse su presa ó devorarla al momento, huye á la menor alarma. Cuando encuentra un rebaño escóndese detrás de un árbol, se lanza sobre una oveja rezagada, hiérela de muerte, y ocúltase de nuevo, aguardando que la pérdida de sangre haya hecho caer á la pobre bestia. Entonces el *dingo* acércase nuevamente á su presa moribunda y devórala á su placer. Si logra introducirse en un coto de carneros hace en ellos horrible estrago. A veces el *dingo* ataca al *hanguru*, que casi siempre es más grande y fuerte que él; pero lo hace por sorpresa, y retírase cobardemente por miedo de encontrar resistencia. Momentos despues renueva el ataque, repitiendo la maniobra hasta que el *hanguru* sucumbe á las mordeduras de su perseverante enemigo. A pesar de que el *dingo* está dotado de gran vigor, teme á los perros de Europa, y huye sobre todo prontamente al aspecto del hombre. «Más de una vez, refiere el Ilmo. Salvado, encontrándome durmiendo en la espesura de los bosques, fuí despertado por los aullidos de esos perros salvajes, que me esperaban emboscados detrás de los *eucalyptus*; mas apenas abandonaba yo mi fuego callaban y huían á toda prisa.» A veces los naturales los domestican y sirven de ellos útilmente para la caza.

El gato salvaje es otro carnívoro de la Australia, llamado por los naturalistas *dasyurus maugei*. Parécese al gato de Europa, aunque menos gracioso en su forma. Tiene la cabeza grande, el cuerpo largo y muy peluda la cola. Sus patas son cortas y provistas de fuertes garras, que le permiten encaramarse hasta la copa de los árboles. De día permanece oculto en una cavidad del tronco, mas de noche sale para sorprender en su sueño á las avecillas, que constituyen casi su único alimento.

Si los carnívoros son poco numerosos en Australia, los mamíferos del género de los marsupiales, esto es, que llevan, como el didelfo, su prole en una bolsa formada por una membrana del abdómen, son en crecido número.

Hablemos primero de los *hangurus* (*macropus*), que viven en manadas numerosas en las praderas y en los bosques del continente oceánico. Los hay de tres géneros: 1.º los que pacen en los abundantes pastos y tienen el extremo de la cola cubierto de pelo; 2.º los que viven entre malezas y en los bosques, y 3.º los que encuéntrase en los lugares pedregosos y á quienes se da el nombre de *rocks-hangurus*. Estos últimos, cuando están en reposo, tienen la cola entre piernas, y sirven de ella para amontonar la yerba y llevarla á sus escondrijos.

Estos tres géneros de *hangurus* subdividense en unas

doce especies, que sólo tienen entre sí ligeras diferencias.

Este animal tiene la cabeza bastante parecida á la de la liebre ó á la del conejo, con el hocico de la gerbasia, pero sus orejas son más cortas y muy rectas, y el color de su pelo varía segun las especies; en unas es rojizo, en otras azul-

lado sobre fondo oscuro; á veces su color parecese al de la nutria. Todos los *kangurus* ofrecen excelente carne, pero no tienen algun tanto de grasa sino en la primavera. Con la cola, de tres piés de largo ordinariamente, y que á veces pesa hasta doce libras, hácese un caldo muy nutritivo y de exquisito gusto. Las patas delanteras son cortas y guarnecidas de cinco dedos armados de uñas. «Con frecuencia, dice el Ilmo. Salvado, les he visto coger una de sus yerbas favoritas, sentarse apaciblemente sobre sus patas traseras y la cola, y luego, como por juego, pasar la yerba de una pata á otra conforme acostumbra el mono ó la ardilla.» Nada más curioso que ver á los *kangurus* ramoneando sentados sobre las patas traseras y apoyándose en las pequeñas de delante; levantándose á cada momento para saborear sus plantas favoritas y escuchar, con las orejas tendidas hácia adelante, si hay motivo para emprender la fuga.

«El *kanguru*, como todos los animales, dice el señor de Castella, debe ser examinado con plena libertad: los que pueden verse en colecciones zoológicas no dan cabal idea de los que pueblan los bosques austrálicos, así como la gamuza enjaulada al lado del mesonero de Giesbach no representa bien á sus amigas de Faulhorn. El *kanguru* salta

solamente sobre sus patas traseras, recto el cuerpo y algo inclinado adelante, y colgando los brazos sobre el pecho. Pónese en movimiento por pequeños saltos regulares, aumentándolos segun la persecucion que se le hace. A toda velocidad franquea de doce á quince piés en cada salto.

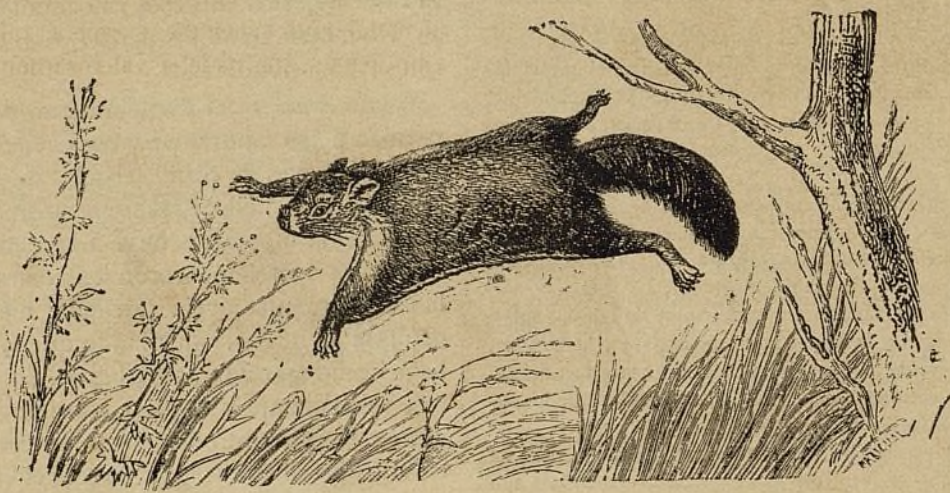
Cuando durante éste está en el aire, su cola y sus piernas se tocan, y sepáranse de nuevo para recibirle en el momento en que vuelve á caer al suelo, lo que produce en cada uno de sus saltos un movimiento de péndulo tan original

como gracioso. Los *kangurus* huyen siempre unos tras otros, en columna por uno, como se diría en la escuela de equitacion. Los más viejos, como más pesados, van ordinariamente á la cola, y entre ellos encuéntranse al-

gunos jóvenes aturdidos que no han obedecido tan pronto como debieran la señal de partir dada por sus madres...

El *kanguru* (perseguido por los cazadores) al partir es más veloz que los perros; mas si no se le pierde de vista durante la primera milla, como pronto empieza á fatigarse, hay seguridad de alcanzarle al fin de la segunda. Cuando no puede escaparse, detiénese, siéntase y espera á los perros. Estos no le atacan sino por detrás, pues pudiera desbarrigarles con un golpe de sus largas patas, formadas solamente de tres dedos, el del medio más largo que los

demás y armado de una especie de casco formidable. Mas como sus patas, que le sirven de defensa, son al mismo tiempo aquellas sobre las que está sentado, no es bastante ágil y no puede hacer frente á un enemigo diestro como el perro, que le coge por la nuca y le estrangula.»



AUSTRALIA OCCIDENTAL. — Ardilla volante.



AUSTRALIA OCCIDENTAL. — Opossum, ó semivulpeja.

Ya que hablamos del animal más común y más notable de Australia, citemos también lo que de él dice uno de los últimos exploradores de aquel continente. «En el trayecto del puerto Eliot á Adelaide, refiere, maté por vez primera un *hanguru* rojo (*macropus giganteus*), que era al mismo tiempo el mayor de su especie y el animal más grande de Australia y además rarísimo. Al acercarse los perros y una banda de esos animales, el «viejo hombre,» como le designan los salvajes, esto es, el macho más viejo, detiénese, apoyándose contra un tronco de árbol si lo encuentra á su alrededor, y manteniéndose derecho sobre sus patas traseras, aguarda tranquilamente el ataque. Hay pocos perros viejos que

se atrevan á lanzarse decididamente sobre él, pues los *hangurus* sirven con tanta habilidad de sus patas traseras, que el perro que ataca sin precaución queda atravesado por ellas como por un venablo, y encuéntrase arrojado á lo lejos con el vientre abierto y colgando las entrañas. Esos animales son tan vigorosos que, si hay por allí alguna

balsa, cogen los perros más grandes entre sus patas anteriores, y saltan al agua, en donde patalean al perro hasta que queda ahogado. En la ocasión á que me refiero iba yo de caza con una trailla de magní-

cos perros, quienes levantaron un montañazo rojo, el mayor que he visto en mi vida. Durante unos tres kilómetros tuvimos una caza espléndida; y haciendo luego frente á los perros desbarrigó uno, dirigiéndose acto continuo en derechura á la playa, en la que soplabla la brisa Norte. *Fango*, que es un enorme can grifo de pelo rudo, perseguía al animal, que se dirigía incesantemente hacia el mar, estando yo muy lejos de imaginar el par-

tido que tomaría. Con grande asombro mío mi «viejo hombre,» desde el derrumbadero, poco elevado en el punto en que se encontraba, salta á la playa y atraviesa resueltamente la resaca que batía con violencia la costa: *Fango* le sigue y arrójase al agua. Así que estuvo fuera de la resaca el *hanguru*, teniendo cabeza y lomo fuera del agua, vuélvese y espera, calmoso y tranquilo, á mi perro, que nadaba valerosamente para alcanzarle.

Bien sabía el viejo zorro lo que hacia: no dejaba de vista á *Fango*, y antes que éste pudiese saltarle á la garganta agarróle con sus patas anteriores, teniéndole cuidadosamente bajo el agua, todo lo cual pasó en menos tiempo del que empleo para describirlo. El aspecto grave y

tranquilo del «viejo hombre» excede á todo lo que cabe imaginar: no puedo mejor comparar su tarea que á la de una lavandera sumergiendo repetidas veces en el agua la ropa, que constantemente vuelve á la superficie. Mas eso no podía durar: mi perro iba á ahogarse, y así entré sin vacilar en la resaca, teniendo el fusil ele-

vado todo lo posible sobre mi cabeza para garantizarle del agua: por lo demás, no podía disparar sino de muy cerca, á causa de tener sólo plomo en los cañones. Avancé todo lo que pude, y estaba con agua bajo el brazo

cuando me decidí á tirar: precisé cuanto me fué posible, pero sin otro resultado que cambiar la escena. El enemigo abandonó mi perro y dirigióse hacia mí, saltando y salpicándome el agua. «¡Cuidado! me dije, que si no le mato me ahogará.» Apoyé mi fusil en el hombro, aguardándole no sin temor, y cuando estuvo tan cerca que casi tocaba el cañon, tiré del gatillo, y quedé rígido y muerto. *Fango*, rehecho de su baño algo violento,



AUSTRALIA OCCIDENTAL. —Kanguru de lomo negro.



AUSTRALIA OCCIDENTAL. —Ornitorinco.

ayudóme á llevar á la playa al «viejo hombre,» lo que nos costó bastante.»

A veces esos grandes marsupiales se baten entre sí, sirviéndoles su fuerte cola de arma ofensiva y defensiva. Con ella golpean vigorosamente al adversario, ó bien, apoyándose sobre la misma, esfuérganse por desbarrigarle con sus patas traseras, mientras le sujetan por el lomo con ambos piés anteriores.

Las hembras no tienen ordinariamente sino un cachorro, todo lo más dos, los cuales nacen casi en el estado de feto, y pasan inmediatamente á la bolsa abdominal de la madre, en donde hay las tetas. Parecen entonces ratones blancos, sin pelos y con los ojos cerrados, pero al cabo de pocas semanas han adquirido su forma definitiva, siendo muy curioso ver á los animalitos, mientras que su madre está ocupada en pacer, cómo sacan la cabeza por el orificio de la bolsa, que es su cuna, y comen á su vez las yerbas finas y tiernas que se encuentran á su alcance. Cuando es algo mayor sale de la bolsa maternal para ramonear, pero vuelve á ella á la más pequeña alarma como á una yacija segura. Si la madre es perseguida por los perros, y el peso de su cachorro retarda su marcha, para evitar que sea presa de los cazadores lo echa en un zarzal, y de vez en cuando se vuelve para ver si está fuera de peligro.

El *hanguru* es por su instinto inofensivo, y, como la liebre, muy vigilante para huir del peligro. Mide á veces hasta siete piés, y pesa entonces más de 120 libras. Ya se ha visto que, en el peligro, sabe hacer frente al enemigo y resistir aún al hombre. Estos animales raramente viven solos: lo más comun es encontrarlos reunidos por manadas de veinte á treinta, y á veces de doscientos en las llanuras fértiles que les ofrecen buenos pastos. Se les domestica fácilmente, y los Benedictinos de Nueva-Nursia tienen siempre algunos en las dependencias del monasterio.

Además de las grandes especies que hemos señalado, existe otra muy pequeña denominada *hanguru* raton (*hypsiprymnus murenus*). Este animal, del tamaño de un conejo, tiene el hocico puntiagudo de los ratones. Habita en las cavidades de los árboles, y cuando tiene cachorros hace su yacija entre las malezas.

Encuétrase frecuentemente en Australia otro animal del género de los marsupiales; tal es el *opossum*, el *phalangista vulpina* de los naturalistas, á quien los indígenas llaman *cumal*. Su cuerpo, cubierto de una especie de lana, no es tan largo como el del gato. Tiene las patas pequeñas, con cinco dedos de uñas encorvadas. Sirvele la cola para suspenderse de las ramas en los pasos difíciles, hasta que logra agarrarse á un árbol vecino con las patas delanteras. El *opossum* duerme de día, y por la noche encarámase á los árboles para alimentarse con sus hojas. Domésticasele fácilmente, pues es dócil, tímido é inofensivo mientras no se le maltrate. Una vez domesticado come gustosamente pan, harina y azúcar, pero apetece sobre todo la leche, que lame como el gato y con gran avidez. Este animal singular lleva dos ó tres pequeñuelos á la vez, los que nacen al cabo de un mes de gestación, apenas conformados, y permanecen cerca de dos meses en la bolsa de su madre, en donde adquieren su formación definitiva. Los monjes del Ilmo. Salvado han criado muchos que jugaban con ellos como gatitos.

Un animal más curioso que el *opossum* es la ardilla volante (*sciuroptere polatouche*), muy comun en los bosques de Australia. No tiene alas como las aves, empero al lanzarse de uno á otro árbol ensancha las patas, y puede entonces dilatar la piel del vientre de un modo tan extraño, que se le creeria provisto de dos pequeñas alas. Cuéntanse dos especies, la ardilla gris (*didelphis sciurea*) y la ardilla negra (*petaurus opossum*).

Siguen los pequeños mamíferos: el *bandicoot*, conocido por los australianos con el nombre de *quinde*. Sólo tiene catorce pulgadas de longitud; su hocico parécese al del cerdo; su pelo es áspero y de color oscuro, y carece de cola. Por lo regular pare dos ó tres cachorros á la vez; nútrese de yerbas, y habita bajo el suelo ó en los troncos de los árboles.

El *moton* es aún más pequeño que el *bandicoot*; pero su cola, de nueve pulgadas, es más larga que su cuerpo y poblada de pelos en la extremidad. La carne de estos animalitos es buena para comer.

En la Australia occidental hay muchas especies de ratones, que hacen absolutamente necesaria la presencia de gatos en las habitaciones. Los de mayor tamaño sirven de alimento á los indígenas. La especie llamada *mus gregis* es bastante bonita. Esos ratones campestres tienen el pelo negro en el lomo, amarillo claro al rededor del cuello y en las partes inferiores, y amarillo más fuerte en los costados; sus patas son blancas. Habitan en los troncos de los árboles y aún bajo tierra. Por último, hay tambien ratones de agua, que tienen los mismos nombres é idéntica conformacion que los de Europa.

Encuétrase de vez en cuando, en la parte oriental de la colonia de Perth, un animal del género de los desdentados; es el *ecquidna aculeata* de Cuvier. Parécese al mismo tiempo al erizo y al hormiguero. Como el primero, tiene el cuerpo cubierto de escamas, y arróllase cual una bola á la aproximacion de un enemigo; como el segundo, tiene el hocico largo, afilado y terminando con una especie de pequeño pico. Desprovisto de dientes, toma y retiene con suma facilidad los más variados insectos por medio de su lengua, que es larga, viscosa y muy elástica.

Empero el animal más singular de toda Australia es sin contradiccion el ornitorinco (*ornithorhynchus platypus*), que es á la vez cuadrúpedo, ave, reptil y pez. Tiene la piel cubierta de pelo; por su pico ancho y plano, y por sus piés anteriores, que son aplanados y muy á propósito para la natacion, parécese al ánade; las patas traseras, por el contrario, están armadas de fuertes zarpas con cinco dedos, como las del topo. Los huesos del lomo más se asemejan á los de las aves ó lagartos que á los de los demás mamíferos. Si el ornitorinco no pone huevos como la gallina, da á luz á sus pequeñuelos en una membrana muy elástica, lo que hace su gerferacion muy poco distinta de la de los vertebrados ovíparos. Así el sabio naturalista Geoffroy-Saint-Hilaire ha propuesto hacer de ese animal extraordinario una clase aparte entre las aves y los mamíferos. La hembra tiene glándulas abdominales llenas de leche, que disemina á su alrededor en el agua, en donde permanece, yendo sus pequeñuelos á beber ávidamente esa leche que sobrenada. La longitud de esta especie de animales no excede generalmente de pié y medio inglés. Nútrese de insectos pluviales, de pequeños peces y á veces de algas marinas.

Es muy goloso de pan reblandecido en agua ó leche, y come con no menor avidez huevos y carne desmenuzada. A menudo se ha encontrado arena en su estómago, lo que da lugar á suponer que se sirve de ella para facilitar la digestion. El ornitorinco que vive en las corrientes de agua prefiere las orillas cubiertas en que se encuentran espesas gavillas de plantas acuáticas, para anidar apaciblemente en ellas. Al más leve ruido emprende la fuga y sumérgese precipitadamente en el agua, sacando un poquito la cabeza de vez en cuando para cerciorarse de que no hay peligro: si el cazador no le acierta en el momento en que el animal saca la cabeza fuera del agua, no puede apoderarse de él, á menos que tome el partido de demoler las moradas subterráneas de esos anfibios, las que se extienden á veces á más de cincuenta piés. Su carne constituye para los indígenas un delicioso manjar.

Los murciélagos abundan en Australia como en todos los países del globo: los más numerosos pertenecen á las especies llamadas por los naturalistas *rhinolophes*, notables por su membrana nasal; *pteropes*, parecidos á nuestras rusetas; *scotophiles*, que no salen sino entrada la noche, y los molosos, de hocico de perro.

Para terminar la reseña de los mamíferos austrálicos, debemos tambien hablar de las focas y de las ballenas, que encuéntranse con harta frecuencia en las costas de la colonia de Swan-River. No los describirémos, porque esos mamíferos marinos son bastante conocidos. Dirémos solamente que la foca austrálica alcanza en la edad adulta hasta 10 piés de longitud. Su lomo es de color gris ceniciento; el hocico, las aletas y los costados rojos; las partes posteriores casi negras, y las anteriores de un rojo oscuro. Los pelos de la cabeza y del cuello son largos y sedosos, y los de las restantes partes cortos y espesos. Las focas pequeñas, siempre de color negro, pueden domesticarse fácilmente, y muéstranse familiares como perritos. Balan como cabritos, y vienen á tomar la comida de manos de quien las llama.

Respecto á las ballenas, pertenecen á la especie de las fiseteras, y alcanzan hasta 105 piés de longitud, con un peso de 800 toneladas. El Ilmo. Salvado vió una, encallada en la bahía de Fremantle, cuya cola media más de 20 piés de largo. De algunas de esas ballenas se han sacado más de 120 barriles de aceite. Estos enormes cetáceos encuentran en las costas de Australia un enemigo terrible, el perro marino ó *shark* de los ingleses, especie de pez de gran voracidad, que tiene cerca de 30 piés de longitud. Sabe ponerse al abrigo de los formidables golpes de cola de la ballena, y cuando abre su enorme gola cuélase dentro atrevidamente, devora su monstruosa lengua, y sale en seguida sin sufrir el menor daño.

COSTUMBRES CHINAS EN KIANG-SU,

POR EL RDO. P. DESJACQUES, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS (1).

IX. — Los pesares.

Recordamos que san Francisco de Sales decia que, si para el estado del matrimonio se exigiese, antes de comprometerse definitivamente, un noviciado como para la profesion religiosa, sin duda alguna habría muy pocos

profesos. No es, pues, de extrañar si los esponsales contraidos en la niñez se convierten á menudo en una fuente de amargas penas. Los bellos ensueños se van evaporando poco á poco, á medida que la realidad de las cosas nos hiere y concluye por mostrarse á la luz del dia. Además, realizanse muchos cambios inesperados en las fortunas y en las personas; unos se enriquecen, otros caen en la desgracia y se arruinan. Hay flores que se marchitan antes de su completo desarrollo. La zizaña ahoga el buen grano. El ángel se pervierte y se transforma en demonio. En fin, las malas lenguas, que siembran la murmuracion siempre muyazonada de calumnia, envenenan con frecuencia el mal hasta el punto de hacerlo incurable. ¡Ah! ¡si hubiese medio de desentenderse de los compromisos contraidos! Pero es más difícil y no menos costoso obtener aquí la ruptura ó anulacion de los esponsales que el divorcio en Inglaterra. Si es la familia de la Tierra la que se niega á cumplir las condiciones del contrato, se llegará hasta á emplear la fuerza para casar á la jóven. Este caso es tan grave, que entre las instrucciones dadas á los misioneros está la de negar el bautismo á jóvenes ya desposados, pero que aún no están casados con paganos. Hasta nuestros seminaristas tienen á veces todos los trabajos del mundo para revocar los esponsales que el celo indiscreto de sus padres les impuso en la infancia, y caso ha habido en que la familia ha tenido que encargarse de proveer á la manutencion de la desposada. Para obviar en lo posible estos graves inconvenientes, el Vicario apostólico del Kiangnan ha declarado nulos los esponsales contraidos entre cristianos antes de la edad de diez años. Los paganos llegan hasta enajenar condicionalmente la libertad de sus hijos, aún antes de nacer.

Esta gran dificultad que hay para romper los esponsales es causa de que se contraten muchos matrimonios absolutamente contra la voluntad, gustos é inclinaciones de los jóvenes. De ahí ¡cuántos matrimonios desgraciados! ¡Ay! los maridos van á buscar el olvido de los pesares domésticos en las casas de juego, de opio, etc.; y la desesperacion lleva con frecuencia á las mujeres á arrojar al agua ó ahorcarse.

X. — Casas chinas.

Para que se puedan comprender más fácilmente las varias ceremonias de que vamos á hablar, no será fuera del caso dar una idea general de la distribucion de las grandes casas de este país. Los chinos construyen segun un mismo é idéntico plan sus pagodas, sus palacios, sus tribunales y sus grandes casas. El talento de invencion ó el genio de los arquitectos no hallaría en qué ejercitarse en China; por esta causa es desconocida aquí la noble profesion de arquitecto, y no hay más que carpinteros y albañiles. Las obras de carpintería forman la parte principal de la construccion: el maderámen se eleva desde la base hasta el coronamiento, empleándose la albañilería como un accesorio. Las paredes en su mayor parte tienen solamente cuatro ó cinco pulgadas de espesor. Las que miran al Norte ó las de las extremidades suelen ser una ó dos veces más gruesas, sin que sean por esto mucho más sólidas, pues se componen de ladrillos huecos y colocados en desorden.

Las grandes casas chinas constan ordinariamente de tres, cuatro ó cinco cuerpos de edificio, extendiéndose

(1) Véase la página 286.

de Este á Oeste, en una longitud de 60 á 80 piés por 30 ó 40 de profundidad. Dichos cuerpos miran al Mediodía, y constan cada uno de ellos, en el centro, de una sala grande que sirve de entrada en las ocasiones solemnes, y de salon, sala de audiencia, etc., para las grandes recepciones. A uno y otro lado hay además dos aposentos más estrechos, pero de igual profundidad, que sirven de sala de espera, de escritorio, de gabinete y retrete. Entre cuerpo y cuerpo hay un patio con baldosado que los separa, y están unidos entre sí por construcciones laterales que forman propiamente la habitacion. La de las mujeres está siempre al extremo Norte, y, como siempre se entra por el Mediodía, es necesario atravesar toda la casa para llegar á ella. El todo está rodeado de una pared alta. Generalmente se cuidan muy poco de las ventajas del aire y de la luz. Los europeos hallan estas casas húmedas, oscuras y tan tristes como insalubres.

Los cuartos habitados están atestados de cajas, vestidos y muebles amontonados y revueltos, mientras que los grandes aposentos están casi enteramente desnudos. Cada cual quiere tener al alcance de su brazo todas sus riquezas, y parecen complacerse en sepultarse en medio de ellas para dormir. Otra razon de esta costumbre es que los grandes aposentos están abiertos al público durante el dia, y los ladrones son muy hábiles en introducirse en las casas por la noche, perforando la pared. En este país no se considera la fractura como circunstancia agravante del robo. En vez de abrir una ventana ó una puerta, los comunistas de estas regiones hallan sin duda más cómodo y menos expuesto al ruido relator, abrirse paso quitando de su sitio los ladrillos. Me aseguran que los inteligentes pueden conocer, por la forma del agujero, si ha sido abierto por un ladron de profesion ó por un aprendiz. Si despues del robo se acude inmediatamente al jefe reconocido de los ladrones de la localidad, casi siempre se pueden recobrar los objetos robados, mediante una retribucion.

EFEMÉRIDES.

2 AGOSTO 1553. — Muere en Goa el P. Manuel de Moraes, primer misionero de la Compañía de Jesús en la isla de Ceylan.

El P. Manuel partió de Lisboa, no hacia aún tres años, en la misma escuadra que condujo á las Indias á Melchor Nunes Barreto con

nueve pequeños huérfanos educados á la sombra de la Compañía, en el célebre huerfanato de Pedro Domenech. Era aquella una preciosa sementera destinada á producir celosos auxiliares para la salvacion de los pueblos de Oriente, y por una orden de Juan III los que parecian revelar desde entonces más generosidad y piedad fueron confiados al P. de Moraes para ir con él á las Indias, terminar con él sus estudios en el seminario de Santa Fe, y dar allí más realce con sus cantos y con su asistencia al altar, á la pompa de las ceremonias católicas, hasta el dia en que la prueba de su virtud y su ciencia les hiciera juzgar dignos de catequizar á los indios y aspirar al sacerdocio, si Dios les conservaba tan santos deseos. Desde la partida todos ellos parecian ofrecer, segun la tierna expresion de uno de nuestros antiguos historiadores, la imagen de los nueve coros de Angeles. Interrogados cada dia en el puente del buque sobre todos los puntos de la doctrina y la vida cristiana, luego cantando todos en coro piadosos cánticos, tan pronto en honor de Nuestra Señora, de las almas del purgatorio ó por los pasajeros que se hallaran en estado de pecado mortal, prestaron su maravilloso auxilio al P. Moraes que les dirigia, haciendo como una Mision perpétua durante el curso de la navegacion.

Apenas hubo desembarcado en las Indias, el siervo de Dios fué enviado hácia los portugueses y los infieles de Cochín. Empero, no pudiendo bastar al exceso del trabajo, no tardó en caer en una cruel afliccion, porque ya no hallaba ni una hora, desde la mañana á la tarde, para ocuparse tranquilamente de Dios y de sí mismo, como lo habia hecho hasta entonces. De repente Dios le concedió la gracia de tener á su lado por algunos dias á san Francisco Javier, que á la sazón volvia de plantar la cruz en el Japon. Pronto el Santo le enseñó con sus lecciones y ejemplo el arte que él mismo habia aprendido de san Ignacio, de trabajar siempre y siempre orar.

En Colombo, capital de Ceylan, la colonia portuguesa, soldados y mercaderes, ostentaban sin pudor alguno á los ojos de los indígenas un tal desenfreno de costumbres, que nada en su vida, ni aún en los dias más santos, los distinguia de los herejes ó los idólatras; las primeras exhortaciones del hombre de Dios sólo fueron acogidas con blasfemias ó silbidos. Poco á poco, no obstante, á fuerza de paciencia y caridad con los pecadores, de oraciones y austeridades para atraer sobre ellos la bendicion del Señor, logró de tal manera vencer á los rebeldes, que desde la mañana hasta la noche se veia abrumado por la multitud de penitentes. «No conozco uno solo, escribia al cabo de algunos meses, que para expiar sus pasadas faltas no se haya disciplinado privadamente ó en público.» En vista de tal espectáculo, los infieles, comprendiendo en fin la pureza de la ley cristiana, acudieron pronto á su vez, suplicando á Moraes que les instruyera y bautizara.

Empero, un trabajo excesivo, que le valia en todas partes el nombre de ángel y de nuevo Javier, puso, desgraciadamente, pronto fin á su vida. Llamado por segunda vez al colegio de Goa para recobrar sus extenuadas fuerzas, el P. Manuel sobrevivió allí apenas algunos dias. Tal era, sin embargo, aún entonces su invencible amor á la cruz, que á pesar de su debilidad, cuando hubo exhalado el postrer aliento, se le encontró todavia fuertemente ceñido de una cadena de hierro erizada de puas, de la cual ni las angustias de su agonía habian podido decidirla á despojarse.



Ferney le 27 Avril 1873

*Fiet unum ovile et unus Pastor
Nos sumus filii libere et
non ancilla!*

*+ Gaspard erigue D^r Helton
Nicolas apostolus de Genève*

ILMO. GASPAR MERMILLOD, vicario apostólico de Ginebra.
(Pág. 328).